

SEMANARIO POLÍTICO
SE PUBLICA LOS JUEVES
Redacción y Administración
ALBERTO AGUILERA, NÚM. 88
Número suelto 10 cts.

EL MOTÍN

SUSCRIPCIÓN
España. 1,50 pts. trimestre, Año 5
Extranjero. 1,50 trimestre, Año 6
Número y Extranjero Año 10
PAGO ADELANTADO
Corresponsales 25 números 1,50

Año XXX

Madrid, Jueves 29 de Septiembre de 1910

Núm. 38



EL GIBRALTAR CATOLICO

Hojitas Extraordinarias

Hemos puesto ya en correos la titulada «¡Hijos del Papa, á manifestarse!» y la escrita en catalán «L'Aplech,» para que estén en poder de nuestros amigos antes del día 2 de Octubre en que empezará el Carnaval negro.

En esta semana pondremos á la venta el tercer folleto de la segunda serie, titulado «Lo que se comen los curas», original de «Fray Gerundio».

MAL CAMINO

En Barcelona ha sido denunciado un artículo del popular *Fray Gerundio*. Lo he leído y no comprendo qué habrá visto en él de pecaminoso el fiscal. Respetemos, etc., etc...

Ya en otra ocasión le dije al Sr. Canalejas: «Contenga usted los excesos de celo de ciertos señores de la carrera judicial. Clerica es en su mayoría, su interés por el clericalismo puede proporcionarle á usted algún disgusto.» Y así está ocurriendo.

La cosa en sí, aparte las molestias y los perjuicios que las denuncias causan á los autores y á los periódicos, no tiene gran importancia, mas que desde este punto de vista: los alientos que da á los clericales. «¿Estaremos en lo cierto, que hasta los gobiernos democráticos tienen que ayudarnos en nuestra propaganda?» Este argumento hacen, y tienen razón.

Quitar el arma de la mano a un aliado que dispara desde punto distinto sobre el enemigo que nos combate, torpeza inmensa es. En la guerra hay que utilizar todos los elementos.

Y, créalo el Sr. Canalejas: sólo con que nos dejase á unos cuantos decir lo que quisiéramos, sin peligro de tropezar en ninguno de los absurdos artículos del Código Penal en materia religiosa, acabaríamos con la farsa y la mentira que tienen perturbada tan hondamente á España en estos instantes.

Algún día le pesará no haberlo hecho: cuando caiga del poder, no en la actitud arrogante del que luchó valerosamente aun cuando no alcanzara el triunfo, sino en la vergonzosa del que se rinde sin quemar el último cartucho, como hizo Stoessel en Port-Artur.

Tan grande resultaría Canalejas cayendo abrazado á la bandera anticlerical desplegada á todos los vientos, como fijándola en la cima de la Democracia. En el primer caso, por que caería como Anteo, para levantarse con más bríos; y en el segundo, porque podría exclamar con justo orgullo: «¡He salvado á mi patria!»

Situación tan favorable como la que hoy tiene, no la tuvo político alguno:

la Historia le muestra dos páginas para que elija: una de gloria; otra de vilipendio. Y la patria le reserva para una gran admiración ó un gran desprecio.

El vacilar solamente, dejaría rastros de deshonra en su historia política.

¡Animo, Sr. Canalejas! No sabe usted hasta donde llegaría este pueblo, si usted le dijera; «¡adelante!» Dígaselo y ahorrará mucha sangre, muchas lágrimas...

Porque si este pueblo acaba de convencerse de que no hay otro remedio para sus horribles desventuras que la revolución, y se lanza á ella obligado por las procacidades y los retos y los atropellos de los clericales, que se centuplicarán cuando usted caiga, este pueblo dejará atrás á todos los que han hecho revoluciones: tan hambriento de justicia está.

Y usted, Sr. Canalejas, tendrá que decirle entonces, sin que nadie ose desmentirle: «Yo soy el primer responsable de todo esto.»

El que pudiendo evitar un mal no lo evita, es tan culpable como el que lo ejecuta.

JOSÉ NAKENS

A la puerta de la iglesia
hay escrito con carbón:
«Aquí se le pide á Cristo
y no se le da ni á Dios.»

El Gibraltar católico

Desde ahí, desde ese Corazón de Jesús de que con perfidia os habéis posesionado, hacéis fuego sobre el ejército de la Civilización.

Torpe estáis. La Civilización, basada en la Ciencia, posee medicos sobrados para acabar con vosotros y volar el baluarte que os alberga.

En otras condiciones de lucha, acaso os hubiera dejado salir de él con los honores de guerra: la Civilización fué siempre generosa.

Pero después de vuestras traiciones y vuestras infamias, y vuestros crímenes, no puede haber capitulación.

¡Os pasaremos á cuchillo á vosotros primero! ¡Reduciremos después á escombros el baluarte!

El cura para ser cura
ha de tener tres partías:
comer mucho, pensar poco
y no lavarse en su vía.

¿España irredimible?

Rómulo Murri, en su información á *La Stampa* sobre la situación de España, ha hecho pronósticos archipessimistas. Cree que el pueblo español es incapaz de sacudir el yugo clerical, sin mediar un largo período educativo.

Lamentamos que el ilustre apóstol italiano, terror de Pío X, haya dado por completos sus informes, tomados al co-

rrer del tren y en centros seguramente parciales.

Cierto es que en España, salvo algunas capitales, no se siente con intensidad la acción anticlerical; pero el observador que sepa penetrar el alma de las cosas á través del ropaje de las apariencias, puede notar fácilmente que si en la vida pública y colectiva de pueblos y aldeas no hay ambiente anticlerical, en la conciencia de los individuos existe y germina vigorosamente el espíritu de protesta y rebeldía.

Y se nota además la inconsistencia y falta de vigor del sentimiento religioso-clerical, esto es, que el pueblo ha perdido la fe en el clero como tal; y desde el anticlerical franco al clerical vacilante, hay una serie indefinible de grados que tienden todos á huir de la Iglesia.

Rómulo Murri no ha tenido tiempo de averiguar que el vecino de aldea ó de ciudad clerical, que en su pueblo aparece como beato escrupuloso, al ir á la capital goza desenfundadamente la libertad, huyendo de templos y sacristías y saturándose de lecturas, espectáculos y actos los más contrarios á aquella conducta.

Este hecho es general y uniforme, por no decir universal. Esto prueba que el lugareño practica la religión por violencia de la familia, de la moda ó de lo que sea. Y como quiera que lo *violento es imperdurable*, tarde ó temprano estallará este rebeldía latente, que aumenta á pasos agigantados.

Faltándole al clericalismo el espíritu religioso, ¿qué le resta? El espíritu de la conveniencia, que cada vez es menor, y el de la moda, que también va en quebranto.

No sabemos en qué sitios habrá ido á beber sus observaciones el Sr. Murri. Es posible que no haya salido de los centros llamados políticos.

Por desgracia, los políticos de España suelen ser los más ignorantes de las cosas nacionales. Así es como todos los sucesos les sorprenden. No se cuidan de estudiar el movimiento palpitante de las otras clases y de las regiones; cada político juzga de España por lo que él observa en el estrecho círculo en que se mueve. Los estadistas buscan orientación en la prensa de determinadas escuelas, por no existir órganos desapasionados de la opinión. De esto resulta la discrepancia entre la *opinión* que se revela en la prensa, y la *opinión real* del país.

Y así como debajo de la España oficial hay otra España distinta, así debajo de la España aparente, escéptica, inmóvil, resignada é inerte, hay otra España que se agita, que se desespera y que espera algo, *una señal en el cielo*, para levantarse y romper la cáscara oficial y aparente que la envuelve, y presentarse tal cual es.

Pero esta España no ha podido verla Murri en el ligero estudio que no le ha permitido ahondar, siendo lamentable que lleve impresiones tan ingratas al extranjero.

Las Cortes de Cádiz

Las Cortes *constituidas* de Madrid han ido á celebrar el centenario de las Cortes *constituyentes* de Cádiz.

Llevan de ofrenda los cien mil frailes, el Concordato, el artículo 11 de la Constitución, la ley del matrimonio canónico ó sea monopolio de las bodas, la ley de cementerios, la impunidad de los obispos, las Regalías hechas un guñapo, la libertad procesada, las garantías suspendidas y el chanchullo triunfante.

Al ver tal presente, las de Cádiz han dicho:

¡Sí que nos hemos lucido!

Al pie del almendro estuve
y no le cogí la flor;
se me anticipó un *curiana*
y ni las hojas dejó.

ALMONEDA SAGRADA

Tengo en esta redacción, perfectamente autenticados, con su auténtica sellada, firmada, rubricada y lacrada, tres clavos forjados sobre el molde de los de la cruz de Cristo y tocados en ellos, que no me he atrevido á sacar á subasta por parecerme profanación excesiva.

El otro día, tratando de buscar al padre Rojas un oficio que le permitiese comer, preguntéle por sus habilidades artísticas, y me dijo que sólo sabía consagrar hostias, y que esto lo hacía primorosamente.

De pronto ocurrióseme una idea, no sé si de Dios ó del diablo: poner una tienda de hostias consagradas, ú ofrecer á precio fijo la comunión á domicilio, según lo ha inventado un sacerdote de París. También me pareció excesiva la ocurrencia.

Pero ahora dudo y someto el caso de la licitud de tales ventas y subastas á los moralistas católicos.

La duda me la ha sugerido la siguiente carta publicada en la prensa:

«V. J.

RELIGIOSAS FRANCISCANAS

CONVENTO

DE SAN JUAN DE LA PENITENCIA

Alcalá de Henares, 28 de Marzo.

Sr. D. Fernando García.

Muy señor mío y apreciable en Jesús: Deseando vender en su justo precio y valor dos puertas, doradas á fuego, de un antiguo comulgatorio, que tienen por un lado los cuatro Evangelistas y por el otro los cuatro doctores de la Iglesia, en relieve; dos dalmáticas de precioso terciopelo carmesí y una casulla del mismo color; dos capas pluviales, una blanca y otra morada, y un frontal pintado, nos dirigimos á usted, como negociante en antigüedades, por si dichos objetos le convienen. Todos los objetos mencionados son del siglo xv, época de la fundación de nuestro convento, y son magníficos, como lo era todo lo de nuestro venerable fun-

dador, el señor cardenal D. Fr. Francisco Jiménez de Cisneros.

Como esta ciudad está muy próxima á la corte, y el viaje de ida y vuelta se hace pronto, baratamente y sin incomodidad, esperamos que si usted tiene interés en adquirir los objetos expresados venga personalmente á verlos ó mande persona de su confianza.

Con este motivo se encomienda en sus oraciones esta s. s. s., Sor M. Petra Santa Justa, abadesa.

Quando se venden las puertas del sagrario, exponiéndolas á servir de puertas de *secreter de cocotte*, y las sagradas dalmáticas, con las que podrán hacerse refajos las bellas de Romea, se me ocurre: ¿Si seré yo más piadoso y religioso (más decente desde luego) que esos mercaderes llamados frailes y monjas?

¿Si será un tonto el P. Rojas, al dejar de poner su tienda de *pan y vino* consagrados, que seguramente seran preservativos de indigestiones y librarán de los efectos de la borrachera?

Sabíamos que Judas había vendido á Cristo, pero no sabíamos que hubiese vendido las puertas de su alcoba y su túnica.

¿Hasta cuándo se consentirá este tráfico indecente?

¿Que si el cura me aborrece?

Anda vete y dile al Padre
que yo no lo puedo ver,
y que así estamos iguales.

El Papa Pío y el Pepe Alcalde

En tiempos de los Papas reyes había un *Pasquino* que se encargaba de publicar las desvergüenzas de los soberanos romanos. A ningún papa se le ocurrió derribar la estatua de *Pasquino*.

Ahora que perdieron la corona, el Papa protesta indignado contra el alcalde de Roma por haber dicho unas cuantas frescas al inquilino del Vaticano. El alcalde ha remachado el clavo.

Estos son alcaldes.

Los que conocen el paño.

Quando se muere algún pobre
¡que solito va el entierro!
Y cuando se muere un rico
¡qué plaga de reverendos!

DE ENSEÑANZA

Sí; hablemos de enseñanza; ensoñemos, hagamos castillos en el aire, forjémosnos ilusiones, entretengámonos en bizantinismos.

¿La enseñanza en España?... ¡Qué risa! Sobre todo la enseñanza oficial, ajetreada por todos los ministros de Instrucción, por esas brillantes lumbres de la ciencia y de la pedagogía, cuyos nombres sólo restan en los libros de contabilidad del presupuesto nacional.

Sí; hablemos de enseñanza, y comencemos por azotar el rostro de los Do-

mines Gafas empingorotados en las cumbres del magisterio oficial, sin que deban servir de reparo las excepciones contadísimas que sin duda se sumarán con nosotros en este baqueteo.

Porque ¡señores!, si vamos á ver el censo oficial, hallaremos el 65 por 100 de analfabetos. Pero el analfabetismo es relativo. Tan analfabeto es con respecto al que sabe leer el que lo ignora, como el *bachiller* oficial que no sabe *leer* las ideas de las asignaturas, como el licenciado que no sabe *leer* la transcendencia de aquellas ideas, como el doctor que no sabe *leer* el abecé de la misión del hombre científico del día, como el académico que está, con respecto á las eminencias de otras naciones, en mayor distancia é inferioridad que el analfabeto respecto al leído.

Todos son *analfabetos* con relación á lo que debieran saber. Y en cuanto á los maestros, ¡señores!, el número de los analfabetos pedagógicos es infinito. No hay catedráticos, ni hay estudiantes. El catedrático suele ser un *empleado*; el estudiante, le corresponde haciéndose un *emplemano*.

Aquél pone todo su empeño en ganar la *plaza*; éste lo pone en ganar el curso y el título. Los medios son iguales para el uno y para el otro: el caciquismo. El favorito sube como la espuma; es *bachiller*, licenciado, doctor, catedrático y académico por derecho dinástico. Todos los Pídalos son, en España, sabios oficiales *á natura*; todos los Monteros, todos los Mauras, todos los Merrys. Estos son los primates. Sigüenles los sabios-caciques de segunda y tercera fila, los que están á las sobras, y los suplementarios. A las veces, cuando ya el escándalo sonroja á los mismos cínicos, buscan de comparsa á un semi-sabio.

Ahora la cuestión de enseñanza está de moda en Europa y más en España. El obispo de Madrid pedía en el Senado la libertad de enseñanza, renunciando al *monopolio* ejercido por el Estado.

Esta proposición demuestra un fino instinto en el prelado. La enseñanza, como todo oficio moderno, necesita ahora una porción de herramientas, de talleres, de máquinas, esto es, locales, museos y aparatos científicos que para cada escuela requieren un capital. El obispo sabe que *sólo los frailes* disponen de estos capitales y que así monopolizan indirectamente las herramientas del oficio, y el oficio mismo.

No se le ocurrió pedir que se destinen á surtir científicamente las escuelas, los 250 millones que vamos á gastar en una escuadra de buques nadadores, que serán perfectamente inútiles dentro de cinco años en que los submarinos los acometerán impunemente por debajo y los aviadores por encima. No se le ocurrió publicar una pastoral exhortando á los fieles á subvencionar las escuelas del Estado en vez de fundar conventos de frailes.

Y S. S. no ignora que si se hubiesen empleado en mejorar los sueldos de los

maestros y las escuelas de la diócesis los millones gastados por los beatos en edificar conventos y catedrales para los ratones y murciélagos, los pueblos del rebaño que le está confiado confiarían con una elevación intelectual y moral de que hoy carece, y aun la fe se habría robustecido algo más y algo mejor.

Pero S. S. lleva en bien que en sus lugares y aldeas las escuelas se derrumben y los maestros coreen con bostezos de hambre las lecciones. No hay escuelas, no hay maestro; le importa poco á la Iglesia partidaria del *sapere ad sobrietatem*.

No hay profesorado: ¡no lo hay!

En Italia se ha propuesto una ley de *revisión de maestros* y profesores, cada cinco años. Esto hace falta: que se acaben los momios vitalicios. El maestro y catedrático moderno ha de estar estudiando constantemente; no puede honradamente estancarse. El sobresaliente de ayer, dentro de dos años será un ignorante y un hereje científico. Hay que someter a examen los catedráticos. Además, para ser maestro, no basta saber, sino que es preciso saber enseñar, lo cual que no es lo mismo.

¿Y el pleito del laicismo?

El Estado tiene un sencillo medio de cortar por lo sano, exigiendo del maestro que demuestre la verdad de todo lo que enseñe á sus alumnos, y en caso de que no lo demuestre, aplicarle la ley del expendedor de mercaderías averiadas.

Ahora se va á congregar en Madrid el Congreso de profesores para reclamar la enseñanza laica. Ya era hora.

Suponemos que la prensa anticlerical pontificia hará el silencio alrededor de este Congreso. Suponemos que el gobierno anticlerical, que regala millones á los frailes, no tendrá un céntimo para este acto. Suponemos que los maestros y profesores de Estropajosa se abstendrán de asistir al Congreso para que sus cocineras no vayan á contárselo al padre capuchino. Y suponemos que si no se agotan en esta tarea los entusiasmos, va á resultar un ridículo fracaso.

Si triunfa, lo celebraremos, y si fracasa también, porque con este fracaso quedará en su lugar, en el concepto de los sabios extranjeros, los sabios oficiales del Estado español, é irán ganando la excomunión que contra ellos está preparando la Ciencia.

¿No habrá un diputado que proponga á las Cortes una ley que obligue á los catedráticos á vestir constantemente la medalla y la cinta de las Hijas de Madrid, ó el escapulario del tercero carmelita?

Ambos estarían en carácter: la insignia y el que la llevase.

RICARDO MAYOL

Aquel que tuvo la culpa
mare, de mi perdición,
que no le caiga una misa,
ni un entierro ni un sermón.

A las Cortes de Cádiz

¡Cortes de ilustres patricios,
jamás al deber rehacíos!...

¡Cortes sin tamos, sin vicios,
sin Ciervas y sin Damacio!...

¡Cortes de varones mudos,
y de liberales rotos!...

¡Cortes sin «cuneros» mudos
y sin presidentes cojos!...

¡Cortes valientes y honradas!
¡Cortes limpias en extremo,

sin acias dictaminadas
por el Tribunal Supremo!

¡Cortes de puro heroísmo,
gloria de los arduos!...

¡Cortes sin necio maullido,
sin teógrafos ni luce!...

¡Cortes de austros varones!...

¡Cortes siempre utílicas,
sin ley de Jurisdicciones,
ni leyes azucareras!

¡Cortes de bravos y osados!...

¡Cámara de honestas gentes!...

¡R. unión de diputados
que no «empujan» expedientes!

¡Cortes sin un sólo vicio,
que, en un plazo perentorio,
aprobaron el se vío
militar obligatorio!...

¡Cortes de glorioso nombre!
¡Cortes de elevados pechos,
de los detechos del hombre
y de los hombres derechos!...

¡Cortes excelsas y augustas!...

¡Cortes firmes y serenas,
autoras de leyes justas,
de leyes sabias y buenas!...

Dignas sois de que, al instante,
y ante vuestra gloria añeja,
«se descubra el caminant»...

(como *El Herodo* aconseja).

Fuisteis honradas y listas;
justas en vuestros informes;
grandes, sin ser barrosistas;
sin ser de Aguilera, enormes.

Sublime fué vuestra ciencia
y sublime fué la esencia
de vuestro augusto destino...

(Qué espantosa diferencia
con las Cortes de Merino!)

LUIS DE TAPIA

EL SENADO

El Senado parece que intentó convertirse en baluarte del clericalismo.

Nuestra alegría es indecible. La oposición al avance anticlerical es para ese viejo organismo la atracción del rayo.

Y el rayo caerá sobre el Senado y desmoronará, no sólo el Senado, sino que hará caer del burro al Sr. Canalejas y verá que con «la Constitución carrollana» que tenemos no se va más que á Canosa, y que para salir de ahí hay que derribar aquella barrera.

Participamos nuestra más motinesca enhorabuena á nuestros venerables é ilustísimos colaboradores los señores y reverendos padres de la patria... y abuelos de la futura revolución.

¿Quién se acordaría de revoluciones si las Cortes tuviesen sentido europeo y sentido patriótico? Eso es menester: un Senado de fraílucos barrigudos y bostezones que se hagan cobrera del clericalismo.

Lo dicho, padres de la patria: albricias. Levantad la cachiporra constitucional contra el pueblo; él os contestará, si no os contesta el gobierno.

EL MOTIN publicará la lista de los senadores clericales, con nota de sus domicilios, para que el pueblo agradecido vaya á rendirles pitesfa.

Aquel que tenga familia
que no jave madre naide,
que le dé salir un hijo
que sea ladrón ó fraile.

“El Motin” eclesiástico

Sr. D. José Nakens.

No me atente usted por mi petición rayana en lo inverosímil: le pido dos páginas de su periódico para abrir una sección *exclusiva* para sacerdotes.

¿Le sorprende mi osadía? No le sorprenda.

Usted sabe que el pobre clero se recluta de las familias pazuatas é ignorantes en la época de la niñez inconsciente; que desde el seno de la familia el niño es recluído en el seminario; que al salir de él se ve incomunicado con el mundo por la disciplina y con las ideas que podrían redimirle, por las leyes vesánicas del Papa que prohíben al clero toda lectura que pueda hacerle ver el abismo de maldad y de inmoralidad de la Iglesia.

Ignorantes de la maldad y segundas intenciones de los prelados, el pobre clero confía en ellos y se les entrega ciego de entendimiento y de voluntad, *creyendo servir á Dios y á las almas*.

Los prelados les tienen prohibido EL MOTIN: no pueden tomarlo en sus manos sin exponerse á ser inmediatamente perseguidos con la fiereza que se hizo famosa en Veduguer y en Barona; persecución más terrible que la *represión maurista*, y que termina en asesinatos más horribles que el ahorcamiento.

Pero sería relativamente fácil hacer llegar á sus manos esa *hoja* de dos páginas, que podrían leer rápidamente y recibir bajo sobre cerrado en forma de carta.

En esa hora podría yo hablarles fraternalmente, diciéndoles lo que he visto y oído, y lo que ellos no pueden oír ni ver; llamaría á las puertas de su honradez; estudiaríamos el modo y camino más propios para redimirse individualmente y preparar la redención colectiva; y, en fin, romperíamos el bloqueo en que el Papa intenta poner al clero para que no lea escritos de modernistas, y la verdad se abriría paso entre estos instrumentos inconscientes del diablo jesuita-romano.

Hasta á los jesuitas hablaría, que no todos son malvados.

Yo supongo que los devotos de EL MOTIN se impondrán gustosos el sacrificio de prescindir de esas dos páginas, extravagantes para ellos, y en pago á ellos y á usted habrá no pocos clérigos que nos tendrán á todos presentes en sus oraciones y que aplican misas por la prosperidad de EL MOTIN, propagación de sus doctrinas y triunfo de sus principios.

Si usted da su conformidad, estudiaré el modo de presentación y el orden de materias.

S. PEY ORDEIX

RESPUESTA

Amigo Pey Ordeix: No sé de dónde saca usted que es inverosímil lo que me propone.

He dedicado mi vida á *moralzar al clero*, esto es, á *redimirle* de sus vicios, de sus pasiones; y aunque me lo ha pagado con la ingratitud más espantosa, sigo impertérrito en mi empresa. Las grandes convicciones engendran los caracteres inmutables.

Ahora usted quiere *redimirle* de la tiranía del Papa y los prelatos, y me pide dos páginas de EL MOTIN para hacerlo. ¿Cómo negarme á concedérselas, sin incurrir en la nota de veleidoso?

Lo que le deseo es más suerte que la que yo he tenido con curas, frailes, obispos y demás gente ordinaria. Si para mí han pedido la horca tantas veces, para usted van á pedir la horca y la hoguera. La veidía es mala pasión, y ellos la sienten muy viva al ver que no está ya en la Iglesia un hombre como usted, que tanto vale, y que además disfruta libertad é independencia, los dos mayores bienes de la tierra.

Y dicho esto, allá usted se las arregle en las páginas quince y dieciséis, que son las que le acoto para que ensaye su intento, que no tardará en ver malogrado. La mayoría de los curas y los frailes son muy ignorantes, y á los ignorantes no se les puede hablar á la inteligencia.

Tienen, además, mucho miedo á quedarse sin la pitanza, por el justificado temor de no encontrar luego dónde reanudar las digestiones; son soberbios, cual cumple á los que llegan á creerse que Dios habla por su boca; son iracundos, porque la soberbia es la enjendradora de la ira; y, en fin, que no tiene el diablo por donde desecharlos.

No niego que haya algunos individuos desperdigados en ese que usted llama *pobre clero*, dignos de consideración y respeto; pero muy pocos, muy poquitos... La Iglesia los arroja sobre los fieles cuando ya están deformados de cerebro y de corazón.

Usted, amigo Pey, ha sufrido en la Iglesia todo lo que la Iglesia reserva para los hombres superiores que la casualidad, la desgracia ó la ofuscación de un momento llevaron á ella, y juzga usted que todos los curas tienen su sensibilidad exquisita, su inteligencia sobe-

rana, su conciencia de la dignidad personal, y que, por lo tanto, en to los tienen que producir igual efecto las injusticias, los desprecios, los atropellos y las persecuciones. Y este es, á mi entender, el error que le impulsa á tomar la defensa de una clase en que escasean los individuos de las condiciones que en usted sobresalen.

Pero, en fin, no discutamos: la intención de usted es hacer una obra buena, y yo no me he opuesto nunca á la realización de ninguna de esta clase. Con que logre usted redimir de la esclavitud y la deshonra eclesiástica á un sólo clérigo, me dará por satisfecho.

Una sola cosa me aterra: el que fuera verdad lo de que algunos r- zasen por nosotros y por la prosperidad de EL MOTIN, por que entonces, ¡ay de EL MOTIN y de nosotros! Ya sabe usted las consecuencias terribles que ha tenido para muchos, no digo la oración de un simple cura, la propia bendición papal. ¡El Señor nos libre!

Afortunadamente no correremos ese peligro. Los curas no rezan de balde, y como nosotros no hemos de darles un céntimo...

Quedan, pues, á disposición de usted desde el próximo número las dos páginas que le he dicho; y aunque usted crea lo contrario, serán seguramente las primeras que saborearán los lectores de EL MOTIN.

Tienen muy buen gusto.

JO-É NAKENS

El agüita que se errama
nadie la pué recogé;
cuanto que se presta á un cura
ni Cristo lo güerve á vé.

Concluyamos con la farsa clerical

Nuestra religión sacrosanta, dicen los teólogos escolásticos más escrupulosamente ortodoxos, es divina; vino del cielo y por manos divinas fué medida su cuna allá en las vetustas regiones del misterio; y la prueba más concluyente de su divinidad es su milagrosa propaganda.

Porque una de dos: ó la religión católica fué propagada con milagros ó sin ellos; si fué propagada con milagros ya está probada su divinidad; y si sin milagros, ¿qué mayor milagro que el propagarse sin ellos?

Y los apologistas se quedan tan satisfechos como el que ha dado en el *quid*, desafiando con el terrible dilema, fruto del más monstruoso de los ingenios escolásticos, á todos los infieles, impíos y heterodoxos.

Los que no tienen costumbre de luchar con estos eternos sofistas, se anonadan ante tal argumento, y si no se convencen, reconocen que es incontestable, sin reflexionar que exactamente lo mismo que de la religión, en orden á la propaganda, se puede decir de la imprenta, de la escritura, de la pólvora, de las máquinas de coser de Singer

y del jabón de los Príncipes del Congo, inventos para los cuales ni sus interesados autores han reclamado patente celestial.

Podemos convenir, sin temor de equivocarnos, en que el catolicismo, como todas las demás religiones, no pasa de obra humana, de mentira más ó menos perjudicial que ha tenido que alquilar los disfraces de la verdad, allí donde no hay humano discurso que pueda penetrar.

Y ha sido tal la influencia de la corrupción de las verdades axiomáticas, y tal el imperio de la mentira, que partiendo del falso origen dogmático, señalado como indiscutible principio, la humanidad ha luchado fiera y denodadamente, sembrando de cadáveres los campos de batalla, volando ciudades y extinguendo reinos por sí el soberano inquilino del celeste alcázar, verdadero autor de la religión, era uno en esencia y trino en persona con los nombres de Padre, Hijo y Espíritu santo, y se han roto muchas veces el sagrado bautismo los caritativos fieles por sí el Espíritu Santo procede del Padre por el Hijo, ó de ambos á la vez, es decir, que se han derramado torrentes de sangre por una miserable conjunción copulativa.

Y no digo nada de las trifuleas que se armaron por aquello de la unión hipostática, que nadie sabe lo que es, ni en qué consiste, y las zalagardas que produjo lo de querer quitar al divino Verbo nada menos que una de las dos voluntades que le colgó la ortodoxia.

Fuera cosa de nunca acabar ir citando una por una las herejías, los cismas y las apasionadas controversias en que la necia humanidad creyente ha malgastado lo mejor de su vida, empezando por Brahamanistas, Confucistas ó Taístas, que se separaron después de romperse cariñosamente los morros casi al tiempo mismo de conocerse, si hemos de creer á los sapientísimos varones que han reconstituido la historia de la humanidad antes que la humanidad tuviese historia, que ya es reconstituir, y siguiendo los pasos del hombre por los libros sagrados de las Pagodas indias y el Templo salomónico donde en arca misteriosa se guardaban con el santo maná los textos mosaicos y proféticos.

Entonces ya asoman la oreja disidente fariseos y saduceos y el rabo de la herejía los samaritanos, poniéndose como un trapo los teólogos escolásticos defensores unos de la Biblia, los otros del Talmud.

Y ahí están los sectarios de Alí y de Oman entre los mahometanos, que no me dejarán mentir, sobre la dulcísima armonía que á cimitarrazo y tante morro fué el pan de cada día en la religión del profeta de la Meca.

Los protestantes apenas si disienten los unos de los otros: yo no conozco más que 72 sectas que cariñosamente se odian en Cristo-Jesús.

Y no debo citar á nuestros católicos del presente momento, porque sería contar á mis lectores lo que ellos me pueden contar á mí.

La monarquía y el Gobierno se llaman católicos y, efectivamente, lo mismo los habitantes del real palacio que los señores ministros y sus familias, y que la casi totalidad de los españoles, de grado ó por fuerza somos católicos,

porque estamos bautizados; pues bueno; lean la Prensa que llaman católica, las pastorales de los obispos, los telegramas de los curas, y ya verán cómo ponen estos católicos á los otros, á los que viven en palacio, componen el Gobierno y son mayoría inmensa en el país; y luego díganme los altos y los bajos, los unos y los otros, si esta religión, cada caso que haya cielo, puede tener tan elevado origen y haber necesitado para propagarse los más estupendos milagros.

Lo que yo tendría por milagroso, si no fuera de los que, como el insigne Olózaga, están en el secreto, es cómo hay ni una sola persona que piense por cuenta propia, que aún profese religión alguna y contribuya con su trabajo, con el sudor de su frente, al sostenimiento de tanto zángano sagrado como vive chupando la miel que las industriosas abejas fabricamos.

Se asombra todo el que discurre, cuando mira esas multitudes ignoras arrodilladas al paso de un idolojo de cartón-piedra, ó adorando á un hombre vestido de máscara que reparte á desfiestro y siniestro bendiciones.

A mí me asombra más que todo esto, la hipocresía ó la cobardía con que los gobiernos liberales ó conservadores, compuestos de hombres de ciencia, de superiores conocimientos y de largas y brillantísimas carreras, amparan, protegen y ayudan esa farsa religiosa; porque en ese amparo, esa protección y esa ayuda tienen su base la preocupación y la barbarie de los fanáticos; y amén de la preocupación y la barbarie, la coacción infusa que sufren los espíritus independientes por culpa de la hipocresía del Estado.

Hay muchos años que venimos acumulando pruebas, como irrecusables testimonios contra la inmoralidad, mala vida y malas costumbres del clero, los latrocinios del episcopado y los crímenes que se cometen en los conventos, asilos, hospitales, escuelas y donde quiera que domina ó rige el espíritu religioso católico, sin conseguir, por lo menos, que cesen las inmundicias y privilegios que amparan los desmanes de obispos y magnates eclesiásticos y los horrores de las comunidades monásticas.

Los hechos demuestran que así voluminamos á nadie, que no preside nuestras denuncias el espíritu sectario, sino el deseo de ver libre la sociedad y la patria de los mal ejemplos que contaminan las costumbres, y del verdadero peligro que á todos nos amenaza, lo mismo en el orden moral que en el social y político.

El Gobierno que fige hoy los destinos del país, sera sin duda, el primer convencido de los perjuicios de la mentira clerical; llámese esta religión, para que todo el mundo nos entienda.

Los preceptos divinos de la divina religión obstruyen de tal modo el camino de las reformas políticas, y con tal descaro y desvergüenza se predicaron, que si la pacividad del Gobierno no es estudiada, acusa una cobardía de que no hay ejemplo en la historia.

El clamoró contra los Ordenes religiosos, es general. Los conventos, asilos y hospitales donde impeta el catolicismo, están convertidos en verdaderas cárceles, donde sufren detención arbitraria muchísimas personas, sometidas

á los más crueles tormentos, como se ha demostrado muchas veces y acaba de comprobar el presidente de la Diputación provincial en el manicomio de Cienfuegos, que dirigen los frailes de San Juan de Dios.

Allí viven los pobres dementes, y algunos secuestrados que están en su juicio, sometidos á los más crueles tratamientos. Hay niños hacinados en inmundos departamentos donde toda suciedad tiene albergue y asilo, todo parásito, locos amoverados con grillos y cadenas en obscuros calabozos, bajo el mentiroso pretexto de ser furiosos; incontinente alimentación, castigos inconcebibles, trabajos forzados en la casa y en el campo; en fin, la criminalidad más repugnante erigida en institución religiosa bajada del cielo.

La Prensa acusa todos los días, sin que nadie se atreva á resentir los secuestrados, las infamias, las corrupciones de menores, los raptos, los estupro, las infamias que en conventos, asilos y hospitales se cometen, sin que al parecer se preocupe el Gobierno ni mucho ni poco del general clamor, dejan lo indefensa una sociedad que tiene derecho al amparo de su tranquilidad. Es verdad que el Gobierno mismo, que se ve atacado por obispos, frailes, devotos y ultramontanos, prefiere tambalearse al borde del abismo antes que tomar medidas de seguridad para sí y de garantía para los sagrados intereses nacionales en peligro.

No tema, no se acoquine el Sr. Canalejas; la España mala está en el secreto de la farsa religiosa, y sabe que así vino el catolicismo del cielo con su jefe, Pio X, como el toro con su Frasuelo ó el jabón de los Príncipes del Congo con Victor Vasier, ó las pastillas de Gíroler con su consejo universal: *si losseis toméis*.

CANTABRO.

Después de cien años muerto
y de gusanos como,
aún me ha de doler un duro
que solté por un bautizo.

Los integristas y los conservadores

En el Centro Católico de San Sebastián háse celebrado una controversia entre los S. os. Andrad y Echevarria sobre si los conservadores son ó no católicos.

Esta es la vieja polémica entre Nocedal y Pidal, entre íntegros y mestizos, y entre nocedalistas y carlistas.

Este tema no merece singular atención, pues de propagarse esta lucha doctrinal pueden surgir en el campo católico escisiones profundas que reproducieren aquellas deliciosas escenas en que Santa Salvany excomulgaba de la Iglesia al obispo Urquizaona, en que Mateos Gigo convenía de hereje al cardenal Sancha y en que el integrismo acusaba de cismático, de traidor y de perjurio á León XIII, talando sólo el *Deponatur* para convertir el Papa en antipapa.

En España, por desgracia, al revés de otras naciones *intelectuales*, han perdido interés las cuestiones doctrinales; el cerebro español es un músculo y no un centro nervioso; *crece* y no *discurre*; *quiere* y no *razona*. Hace de la *consecuencia* su principal virtud, haciéndose incapaz de la rectificación. Empero, estas cuestiones de *ideas* con el tiempo se convierten en propósitos y en hechos, y por esto conviene prestarles atención.

Y para abrir boca, puede servir este suculento artículo de un *integrista* que parece liarse la manta á la cabeza.

Habla por su cuenta:

«Resumiendo la crítica histórica de aquellas luchas de treinta años, podemos decir que el integrismo representa el *cerebro católico*; los conservadores, llámanse mestizos, católico-liberales ó carlo-opportunistas, representan el *estómago eclesiástico*. De ahí es que los argumentos de aque los son doctrinales, teológicos y en lo que cabe racionales; y los de éstos son *estomacales* simplemente.

Los integristas propagan las doctrinas; los conservadores las comen. Aquéllos representan el apostolado; estos otros representan el mercantilismo. Los unos son católicos, porque *creen* que en él está la verdad; los mestizos aparentan serlo, porque saben que allí está el *comedor*.

El integrista busca el *derecho* para ajustar á él el hecho; el conservador parte del *hecho* para obligar á él el derecho. El integrismo es la *razón católica*; el misticismo es el *puchero católico*.

Que con esto pueden distinguirse los campos: son mestizos todos los gastrónomos y gastroátrax que comen ó buscan comer del puchero católico; son integristas los que comen de otro puchero ó de ninguno antes de convertir el cálix y la mesa de comunión en pesebre de dragones.

De aquí surge el conflicto entre ambas escuelas: el integrismo dice: «al catolicismo se viene á defender la verdad católica, aun á costa de la comida». El conservador replica: «al catolicismo se viene á comer, aun á costa de la verdad católica». Por esto, el más tragón y el que mejor tajada saca, creyendo menos, es más entusiasta católico conservador; el que más ayuna y más cree, es más entusiasta del integrismo.

Y como quiera que el Papa es el que lleva la tajada suma, pontificia y máxima, de ahí es que sea también el sumo pontífice máximo conservador, y se coligue con los menores pontífices de menores tajadas, con quienes se reparte el cuartal eclesiástico, para no dejar penetrar en el seno de esta cofradía gastronómica, á ningún peiverso integrista que les abocorne y les impida digerir en paz la merienda de lobos-pastores, formando el *coto redondo* de las oficinas eclesiásticas y la *iglesia reservada*, lo que podríamos llamar *comedor secreto*, defendido y guardado por los guardias suizos lanza en ristre, por los cois-

pos y cofrades báculo en ristre y por generales y religiosos con los dientes y lenguas desenvainados. Esta es la iglesia *manducante, holgante, danzante y cantante*.

Los otros componen la iglesia que ora, trabaja y paga; que lleva siempre los palos; que va á la vanguardia en las batallas y que come y se sustenta de las hojas que arroja la otra; el «simple fraile», el «simple cura», el «simple creyente»; el que da los hijos al noviciado, el alma al director y el bolillo á la Obrapia.

De aquí es también que los «conservadores» invocan como principio fundamental del catolicismo, la política conservadora del Papa, importándoles un bledo la ortodoxia. Componen la iglesia política, el catolicismo político, el catolicismo mercantil y agiotista, es decir, el *clericalismo* propiamente dicho, avaro, ambicioso, universal, «cuyo dios es el vientre»; y si esta secta de tragones y chupadores, cuyo lema es: «por cuanto Cristo es mi puchero, defendiendo á Cristo», no ha condenado y excomulgado estrepitosamente al integrismo, es por *cálculo político*, porque conviene á su *Ventre*, que ve en los integristas un semillero del cual podrá extraer algunas vocaciones, de cuyos bolsillos podrá sacar algunos millones, y que son los únicos que llenan los templos y se prestan siempre á recibir los estacazos del enemigo. El integrista es el *fanático*; el conservador es el gitano. Si le conviene se hace el fanático; si le conviene se hace el escéptico. No manda la Razón, sino el Ventre. El símbolo del integrismo católico, *mutatis mutandis*, es la Cruz de Cristo; el símbolo de los otros es la *Silla gestatoria*. El uno lleva la carga y sale crucificado; el otro se sienta á comer en la silla de defecar; su *religión* es un comedor-retrete.

—¡Cara... pe, y cómo canta ese tícl... Si no arrimase tan descaradamente el ascua á su sardina, le daría un aplauso.

UN DOCTOR MODERNISTA

Al pie de la sepultura,
ya para echarme ó no echarme,
me miró el cura al bolsillo
y me levanté á abrocharme.

Lo que no sirve, estorba

Resumen del discurso pronunciado por Pío X el día 23 del actual á un grupo de jóvenes sacerdotes venecianos:

«A pesar de todos los grandes inventos que hacen grato el vivir y de todas las teorías filosóficas y sociales, que siempre son invocadas por los modernistas, la Humanidad moralmente no progresa. ¿Perseguimos á nuestros enemigos? ¿Practicamos la virtud en la forma enseñada por nuestra religión? Para probar que nuestra naturaleza moral no progresa, no se necesita ascender á los seres incultos, que acaso ofrecen ejemplos de heroísmo, escondidos en la sombra de la modestia; basta subir

al mundo superior, aplicando la lente de la observación en la lucha de los negocios y en el antagonismo de las profesiones más nobles y liberales.

También ofrecen lastimoso espectáculo los que van á las campañas de la política moderna. No tenemos amor. La ira, la ambición, la envidia, la calumnia, el labio destilando hiel, la burla, el egoísmo, la hipocresía, la risa satánica sobre la víctima, esto ofrece la sociedad contemporánea. La transformación social, que tanto elogian los democristianos, no ha llegado á pulimentar los sentimientos de las razas. Somos doblemente malos, porque lo somos con hipocresía.»

Y después de breve rato de silencio, el Papa concluyó así:

«Convengo en que nuestros adelantos son grandiosos, pero son los del progreso material únicamente; convengo en que la inteligencia abarca cada día mayores horizontes, y aun convengo en que la crueldad práctica ó exterior se ha suavizado. Pero repito por la última vez: la fuente surtidora de los sentimientos humanos—el corazón—no se ha ennoblecido; antes bien, va extinguiéndose. Hay crisis de bondad en el mundo. La Iglesia salvará á la Humanidad, pero necesita religión profunda y disciplina absoluta.»

De modo que por confesión del Espíritu Santo, que habla por boca de los Papas, según malas lenguas, estamos hoy peor de moralidad que nunca lo estuvimos, esclavos sumisos de los pecados capitales, con el corazón encanallado y sin pizca de bondad en el alma.

Pues si estos son los frutos del árbol cristiano al cabo de veinte siglos, habrá que ir pensando seriamente en arrancarlo de cuajo y quemar hasta sus raíces. ¿Qué va á ser de nosotros si seguimos adormecidos bajo su sombra?

Lo que no comprendo es cómo hemos llegado á tan desastrosa situación, después de haber regado el dichoso arbolito con tanta sangre y tantas lágrimas, y de haber expulsado, expoliado, matado y quemado á tanto judío, tanto moro y tanto hereje.

En lo que tiene Pío X muchísima razón, es en decir que no tenemos amor ni sentimientos, y que la bondad está en crisis. Por esto son de aplaudir los heroicos esfuerzos que hace para que los españoles volvamos á disfrutar de una nueva guerra civil, que inunde la península de *amorosos asesinatos* y *bondadosos incendios*, desarrollando de paso los nobles *sentimientos* que nos impulsaron cos veces durante el siglo pasado á destrozarnos fraternalmente.

Y por esto yo aplaudo sus esfuerzos, aun cuando presenta que van á resultar ineficaces, dado el extremo de perversión á que hemos llegado, y que me sugiere estas reflexiones:

Si el cristianismo no ha servido para moralizarnos ni hacernos felices, ¿por qué no prescindir ya de él?

¿Qué hace todo hombre honrado cuando se convence de que es falsa una moneda que aceptó por buena? Inutilizarla pia que no ponga á otro en un

compromiso y tirarla después. Si se la guarda nuevamente es porque lleva el propósito de engañar á alguien.

Pues lo mismo digo de las ideas, políticas, religiosas ó sociales. El que se convenza de que no responden las que defendió al fin que se propuso, debe desechárlas, á menos que no se proponga explotarlas.

Y con el cristianismo viene ocurriendo eso hace tiempo. Todos están convencidos de que no sirve ni para moralizar, ni para entrenar, ni para progresar, y, sin embargo, se esfuerzan en sostener que sí.

Como viven de eso y dominan por eso...

Desirme á mí que te orvie
es predicá en desierto;
es como decirle á un cura
que entierre de balde á un muerto.

Las Hojas piadosas

—Créalo usted, me decía la semana pasada un médico muy ilustrado, gran amigo mío, y que está de paso en Madrid;—de todo lo que EL MOTIN ha hecho, nada ha exasperado á los clericales tanto como las *Hojas piadosas*. ¡Si usted leyera lo que dicen de ellas y de usted los periódicos católicos!...

—De algo me entero, no de todo; algunos amigos me mandan recortes de esos papeles. Unos los leo y otros no, según dispongo de más ó menos tiempo que dedicar á majaderías. Algunos vienen tan exageradamente recargados de falsedades y de insultos, que me digo: «ése á quien aluden no soy yo, aunque le hayan colgado mi nombre»; y no paso adelante. Además, los sapes no saben juzgar á las águilas y dispense usted esta insoportable fatuidad.

—A veces, sin embargo, convendría...

—Nunca. Los chiquillos tiran pellas de barro á las estatuas de mármol, y las ensucian. Pero cuanto caen cuatro gotas, el barro desaparece y quedan más blancas. Por otra parte ¡qué satisfacción mayor para el hombre que lucha por la verdad que la de exasperar á los enemigos! Creería que no había hecho nada por ella si me elogiaban.

Y pensando de este modo, calcúlese lo que gozaré cada vez que leo telegramas como éstos, que copio de *El País* del lunes:

Santander 25 (3 t.)—El sobrino del obispo de esta diócesis, que es un joven que debe al favor del tío, y no á su talento la plaza que ocupa en la catedral, mandó detener á dos jóvenes republicanos por repartir unas Hojas de EL MOTIN.

Este curita y otros, en cambio, escriben y reparten gratis un periodiquín llamado «Páginas Dominicales», en el cual insultan groseramente, y nadie les molesta.

Las pasiones están excitadas.

El 2 de Octubre tendrán que tragar millares de Hojas que repartiremos por las calles.—Socaus.

Las hojas de «El Motín»

Barcelona 25 (10 u).—Frente a la iglesia de San Andrés de Palomar han sido detenidos dos sujetos que se dedicaban a repartir hojas anticlericales, perfectamente legales.—M.

Los que mandan detener a los repartidores de esas *Hojitas Padosas*, que se publican en Madrid con todos los requisitos legales, y de cuyo contenido se responde en esta redacción, cometen un atropello, del que podrían quejarse, si aquí la ley fuese efectivamente igual para todos en la práctica.

Pero como sé que no lo es, y que neos son triunfos, no perderé el tiempo en aconsejales que reclamen justicia, por que lo necesito todo entero para preparar *Hojitas* nuevas.

¡Y ande el movimiento!

Un proceso clerical

Por un telegrama publicado en *España Nueva* y reproducido en este periódico, referente a cierto lance ocurrido en Nafria de Llana (Soria) entre el cura y cierta vecina, según el informante, ha sido procesado el valiente director de *La Verdad* de aquella ciudad.

Este atan de procesarle puede obediencia a cierto propósito de desquite del Abad de Soria, por el proceso en que fué condenado por injurias al señor Ayuso, y de cuyos trámites en el Tribunal Supremo se ocupó repetidas veces la prensa.

Por mal camino handan los quisquillosos cleriguitos aquellos: porque si excitan a tirar de la manta...

En la Monarquía de las Letras

Supongo que fuera de EL MOTIN no habría en España periódico capaz de dar albergue a este escrito, dirigiendo a tomar en seco el pelo a los intelectuales españoles, desde los congresantes a los ácratas, desde el presidente de la Academia (que Dios guarde) al último gacetillero.

Porque ¡ilustres compañeros míos! los que estábamos llamados a ser la vanguardia del ejército progresivo, vamos en el furgón de cola de todas las clases sociales, y bien pronto el *censo oficial* suprimirá la casilla de *iteratos* por inútil, para englobarnos en la de «Mendigos y prostitutas», á causa de estar ejerciendo la mendicidad los que no prostituyen su cerebro alquilándolo o vendiéndolo, y á causa de tener que renunciar al oficio los que se empeñan en comer honradamente.

A evitar también deshonra parecían venidas al mundo esas «Asociaciones de escritores y artistas», «Asociaciones de la prensa» y «Sociedades de autores dramáticos», que han acabado ó van á acabar por ser asociaciones cómicas, sánetes de asociaciones y falsas de so-

ciudades, según las recomendaciones que de ellas se oyen en el arroyo. Unas por fias y otras por nefas, han quedado á medio camino cuando ya no han andado *pa atrás*, convirtiéndose en sociedades anónimas, cuyas listas de socios sirven para sostener la gerencia de algunos comanditarios, dueños de la razón social.

Y es lastimoso espectáculo ese de ver la antigua *República de las Letras* reducida á *cotos* de varios ordenes y gremios, bajo el poder de vergonzosos cacicatos, que se complacen en decapitar y ahogar la verdadera intelectualidad para presentar á la faz del mundo una intelectualidad raquíta y cretina, baldón de la patria y cáncer de la conciencia pública, pues sabido es que si entre los intelectuales flotantes hay algunos cuyos cráneos no suenan a hueco, tan acorrotados están y maniatados se hallan, que más que escritores, venteros de su propia ciencia, son secretarios de los ilustres necios á quienes están endogalados.

Hay excepciones; ya lo sabemos; pero si estos excepcionados hablasen, lejos de atenuar la regla, la confirmarían con las negras historias de los mil y un obstáculos que la *regla* general ha puesto á su paso y ensañamiento, cuyo éxito, más que al mérito mayor del sujeto, suele deberse á los azares de la fortuna.

La *República de las Letras* ha desaparecido en España. El ingreso en los templos de la ciencia oficiales patrimonio de las clases ricas y de los vecinos acomodados de las capitales. Al miserable quédale abierta solamente la escuela del cuartel, a condición de vender su pellejo, ó la de la cárcel, para cuyo ingreso no todos los individuos tienen las facultades criminales necesarias. En otro tiempo hubo la *sopa boba*, merced á la cual brillaron no pocos genios; hoy los inventos se han vuelto tacños, y no dan la sopa sin antes dejarse mondar la cabeza y pelar la testuz.

De otro de ese coto grande hay otros más chicos: el destino oficial de la profesión, propiedad de los caciques, y la piza pasable, propiedad de *trustes* y sindicatos de la buena prensa, de la prensa grande, de la prensa elegante y otras prensas de mayor ó menor categoría que reclaman de sus servidores la respectiva profesión de fe científica, con más los consigüentes votos de castidad, obediencia y pobreza relativas, según las reglas de los fundadores y de los síndicos. Sería ofensivo para los señores editores dejar omitido su respetable coto editorial, en el cual se penetra prometiendo escribir original á precio de mérito ó copista y prometiendo traducir al peso.

Fuera de estos *profesores* y *profesionales* de la monarquía científica y literaria, sagrados por su origen y consagrados por la unción del cacique, no hay en España dos docenas de intelectuales á quienes no persigan como intrusos y como sacrílegos los grandes síndicos y

sus terribles cohortes de bombos muertos.

Confieso que tengo por muy hermoso este caso de *redentores irredentos*; de organizadores incapaces de organización; de apóstoles de la rebeidia sometidos á todas las tiranías.

Hasta los barrenderos se organizan en la defensa de sus derechos profesionales y de su vida individual, convencidos de que la fuerza de los clérigos está en la sociedad «Iglesia»; de que la fuerza de los médicos, de los abogados, de los notarios está en sus colegios, resto de los antiguos gremios y cofradías.

Sólo los *intelectuales* andan sueltos huoneando el mendrugo, sin derechos radicales, sin garantía profesional, sin jubilación ni retiro, sin pensión de viudas y huérfanos, yendo de los zocos de la cárcel á los comedores del hospital y de la ceca de la redacción de seis duros mensuales al editor de á real la página.

Por éstas y otras mil razones asequibles al hambre de todos mis compañeros, pádeceme oportuno ensayar un estudio que tenga por conclusión esta máxima, parodia de otra: «*Redento es de los otros, redimíos á vosotros mismos.*»

Es decir, redimámonos; ó sea, tengamos conciencia de nuestro deber y de nuestro derecho y vergüenza de nuestra abyección, que por mucho que tratemos de exagerar, no llegarán nuestras ponderaciones á la mitad de la mitad, *pues somos ya ¡menos que barrenderos!* ¡Somos menos que mendigos, pues somos mendigos vergonzantes!...

LORENZO CARRASCO

La lápida de Bruselas

Se nos hacen indicaciones en el sentido de haber producido disgusto entre algunos correligionarios el que en la lápida dedicada á Ferrer en Bruselas se diga que fué sacrificado «*por los españoles*».

Y se nos ruega que se haga saber á quien corresponda el gusto con que se vería la variación de esas palabras, que no son fiel expresión de la verdad, y hasta son injustas, ya que la inmensa mayoría de los españoles hemos protestado de aquel acto y en forma que costó caer del poder al gobierno que decretó el odioso fusilamiento.

Esas palabras debieran sustituirse por los nombres de Maura, La Cierva y los clericales de la Defensa Social, que fueron los autores de la muerte de Ferrer, precisamente con la protesta del resto de los españoles.

Unidos siempre que haya ocasión de ello los nombres de Maura y Cierva al de Ferrer, todos quedarían contentos: aquellos señores, porque ellos han dicho que lo consideraban como un timbre de gloria; y los demás para que la posteridad no olvide jamás quiénes fueron los autores del hecho.

ANTONIO PÉREZ DE LA MATA

I

La Diputación de Soria ha acordado poner una lápida conmemorativa en la casa donde falleció el gran filósofo Pérez de la Mata.

Huyendo de los furiosos mestizos de los obispos catalanes, tanto más lieros que los mauristas cuanto más traidores y timados, llegué á Soria en Agosto de 1898, siendo mis ángeles guarrianes dos sacerdotes integristas de obra y no de boquilla: D. Narciso Martínez, canónigo, y arcipreste, y D. Anastasio del Campo, que en tiempos cristianos hubieran muerto siendo obispos, y que en estos tiempos de trampantojo papi-sero murieron algo menos que mendigos.

A los pocos días de llegado, lleváronme á un *lunch* que se celebraba en casa del famoso agustino P. Muñón por haber éste predicado un sermón en el Salvador. Por allí desfiló lo granado y vistoso de Soria: unos rindiendo homenaje al orador, otros al fraile, otros al literato y otros al bicho raro, que metía bastante ruido por aquellos tiempos en que iban á trastazos los agustinos y los jesuitas en cristiano pugilato de «más hereje eres tú.»

Entre los varios personajes (abundantes en aquella tierra) á quienes me presentaron mis padrinos, fué á un cura menudito, morenazo, movido, varacho, que á Dios llamaba de tu, como el P. Cabrera, decidor, nervioso sobre todo extremo, satiricón, desrecupado y un algo torero: era D. Antonio Pérez de la Mata, director del Instituto y canónigo de la Colegiata.

Al verme acompañado de tan buena compañía, eché unas pullas mestizas de á siete cuartas, lo cual habría bastado para hacerme antipático si no hubiese sido por aquel su decir tan discreto y por aquel su hacer tan transparente.

Entiéndase bien que yo era integrista de los de armas y de plumas tomar, resellado con el baculazo de Morgades, con título de exdirector de periódico á pesar de mis dieciocho años, amén de autor dramático para hombres solos y de poeta de tres al cuarto. Por los méritos de emberrenchador de obispos mestizos fui acogido y protegido por el obispo Laguna, hombre el más íntegro y obispo el más escrupuloso de cuantos he conocido, á quien algunos llamaban *terrible* y que era un obispo todo infantil.

Pérez de la Mata estaba oficiosamente afiliado al partido fusionista: excusado es decir que era odiado por el obispo como lobo disfrazado. El obispo intentó molestarle denunciando el doble cargo retribuido por el Estado que Mata tenía como canónigo y como catedrático; pero Mata debía ser enviado del gobierno expresamente para contrarrestar la labor carcupada del obispo y aun *quizás* como clavo que precipitase su muerte.

Pasaron tres años de escaso y ambiguo trato: me era simpático por lo uno y antipático por lo otro el dichoso Mata, cuando se me antojó fundar en Burgo de Osma un periódico, *El Oxomense*, in-

tegrista hasta el tuétano, y que por sus diabluras alcanzó fama singular en la cofradía nocedalista, de cuya junta regional me vi nombrado no sé cuántos.

Al pícaro D. Antonio atragantósele el papelito, y, pasándose de listo, discurre que tales diabluras eran impropias de un simple estudiante, y de cábala en cábala dedujo que mi *alma* era un pseudónimo ó un *testaferro* del obispo.

—¡Aquí te quiero, escopeta!—lebió decirse.—De este modo vi y á triturar al obispo impunemente, como por carambola y simulando ignorar que el título firmante de artículos sea un pastor de Israel.

Dicho y hecho. Al poco tiempo disparó en Soria otro semanario intitulado *El Porvenir*, con la intención de un *mirra*, atacando al «Pey Ordeix» por bruto, necio y badulaque, cosas que, aun siendo verdad, no me honraban que digamos.

—¿Leoncitos á mí?—díjeme yo. Y afilé la pluma lo mejor que pude en el desesperante arte polémico de Mateos Gago, que mataba las patochadas con argumentos incisivos, y que mataba los argumentos con patochadas.

De buenas á primeras discurrí que en la tiza yo no iba á perder nada ni Mata iba á ganar nada, por causa de la desproporción entre un consuma o catedrático de Filosofía y un imberbe ergotista. Ha'gome además recibir la alternativa de tan bravo maestro, y cruzame las plumas.

La polémica, comenzada riendo, tomó bien pronto un cariz alarmante: mi D. Antonio se avinagraba, se tiraba á fondo y sin embobar, dejándome algunos rasguños nada agradables. Eché el resto de mi picardía polémica, y á los ocho artículos todo el país se reía: reíase el Instituto, cuyos compañeros, como es de cajón en todo cabildo, se desean el mejor despellejamiento posible; reíase lo- al-unos..., reíase todo el mundo, menos D. Antonio, que vino á Madrid á recabar del Nuncio una orden mandándome dar por terminada la polémica.

En tal sentido ofició al gobernador eclesiástico (el obispo había fallecido ó estaba ausente) el secretario de la Nunciatura, monseñor Vico; leyóme el oficio el fulano ese, gobernador ó vicario; respondíle que mi jefe en la prensa era el censor y no el Nuncio, y que á él debía irse en la embajada; leyóse el oficio al censor (lo era el deán D. Manuel de Roa), quien repuso que él no tenía más regla de censura que los cánones, y que á ellos se atendería; sentí por empujando á mi antojo; D. Antonio no se atrevía á volver á Soria, y no recuerdo cómo terminó el incidente.

De la polémica me resultó una sincera admiración hacia mi contrincante, que me enseñó no pocas cosas y me excitó el deseo de conocer su obra de *Lógica y Metafísica*, tan celebrada en el extranjero, y su librito *La soberanía racional*.

Pasado algún tiempo, y creciendo con estas lecturas mi veneración hacia el profundo filósofo, llegué á sentir remordimiento y vergüenza de haberle maltratado, doliéndome de que la sola travesura del ingenio pueda poner en escarnio la majestad de un sabio.

Pasaron algunos años y nos encontramos en Soria. En el Casino de Numancia ordenóse una serie de confe-

rencias científicas y literarias, dignas de todo aplauso, á las cuales fuimos invitados D. Antonio y este servidor.

Quiso la mala fortuna que mi conferencia diese pie á mi antiguo contrincante para una refutación en otra que anuncié como *récipe contra mí* y á la cual tuve el gusto de asistir.

Púsome verde y más; y á los pocos párrafos vi que el pobre D. Antonio no se daba cuenta del desagrado con que el público oía tales impropiedades sin fijarse en las *beldades de su discurso*. Al acabar tan terrible catilinaria el público no sabía qué hacerse: si faltarle á él dejándole sin *pléme*, ó si felicitarle á mí felicitándole. Pusé fin al conflicto adelantándome á estrecharle la mano (le corazon y con picardía lo hice) y á invitarle á una taza de tía que tomáramos juntos en amigable consorcio. Y entonces, en aquel su desconcierto por mi salida de pie de banco, vi la grandeza del sabio; su confusión era, á mi ver, una esplendente aureola.

Corrió el tiempo, que me trajo, entre otras amistades, la de D. Ramón Llorente, jefe del partido liberal de la provincia, sujeto de extraordinaria perspicacia política, de virilidad singular, tocado de teólogo y apreciador de las gentes.

Llorente hablóme excelencias de Pérez de la Mata, no todas las que realmente merecía, y á él hablé excelentemente de mí, facilitando una entrevista que puso fin á los resquemores y dejó enterradas las rencillas.

Entonces pude apreciar el mérito singular de aquel carácter de hierro y de aquella conciencia honradísima de sabio.

S. PEY ORDEIX

Abreme la sepultura
que me quío yo meté dentro;
debo dos reales á un cura
y en todas partes lo encuentro.

LITTRÉ

En la *Grande Revue* de París ha publicado el simpático Pablo Jacinto Loyson un notable trabajo sobre el objeto que indica el epigrafe: «La verdad sobre la muerte de Littré.»

Después de hacer historia de los comentarios que cayeron sobre la suelta conversión del eminente filósofo, y de los últimos tiempos de su vida, atestigua que el presunto convertidor y catequista de Littré, el abate Huvelin, desmintió por sí mismo los relatos publicados por los católicos, según los cuales Littré se había confesado en el lecho de muerte y había sido bautizado por su mujer y por su hija poco antes de morir.

El escritor hace notar la contradicción de los católicos al suponer que se había confesado sin estar bautizado, lo cual rendiría la confesión inútil. Además habría de haberse acreditado que Littré aceptaba el bautismo, y que respondía á las preguntas de ritual: «quiero, creo, renuncio.»

Pero hubo algo más que el abate Hu-

velin confió al P. Jacinto, entregándole «una memoria manuscrita» sobre este asunto. He aquí el extracto de este precioso testimonio:

«El abate Huvelin era el confesor de la señora y señorita Littré. Cuando el escritor les manifestó su incurabilidad, las mujeres le propusieron, como alivio de sus penas, el trato del abate, con tal insistencia, que el enfermo hubo de acceder, á condición de que á su presencia no se trataría asunto alguno religioso.

«Entró el cura; el enfermo tomó tal gusto en sus pláticas, que fué él mismo quien provocó la cuestión religiosa. Huvelin se resistía á ello; Littré le provocaba, trayendo la conversación sobre el principio de la libertad moral y de la responsabilidad de nuestros actos.»

Presintiendo el término de su vida, no soñaba en otra futura. «¿Qué atractivo sería para mí—decía—una nueva vida? ¿Ver á Dios? Pero si yo no conozco á ese Señor... Yo sólo tendría gusto en ver á mi madre...»

«Lo que sí él lamentaba era el tiempo perdido de su vida... El ateo se estremecía á la vista de la Nada, no por el espanto de sumergirse en ella, sino por el pensamiento de no haber dignificado lo bastante la efímera vida consiente.

«—Nos permites que recemos cerca de tu cama?—preguntábanle las mujeres;—y Littré consentía en ello sin fatiga, cuidando de advertirles que sus oraciones para él eran cosa indiferente...»

«Era puro como un niño—decía Huvelin;—pocos hombres he visto de vida tan limpia de faltas...»

«—¡Dios—decía á madame Littré—he aquí una palabra sin sentido!...»

Al terminar una de las conversaciones íntimas, el abate Huvelin dió un día la absolución al enfermo. El P. Jacinto le interpeló diciendo:

—¿Cómo podías darle la absolución si no estaba bautizado ni era cristiano?

—¡Oh...! hartó lo sé... pero hubo algo más fuerte que yo!...

La historia del bautismo, la explica Loysen diciendo que la esposa é hija de Littré no perdían ocasión de suplirle que se dejara bautizar.

—¿Crees tú—decía á su hija—que puedo recibir el bautismo, yo que no comparto vuestras creencias?

Su hija le respondía:

—Suponiendo que haya un Dios y que la fe cristiana sea la verdadera, ¿qué mal podría hacerte el bautismo?

He aquí reducido á un acto físico de condescendencia á su hija, el pretendido acto espiritual de la conversión de Littré, y su confesión reducida á una majadería canónica del abate Huvelin.

Parecidas á ésta son las conversiones de Ruiz Zorrilla, de Sagasta, y de tantos otros que mueren en tranquila profesión del escepticismo religioso, y cuyas familias piden la unción después de muertos para poderles enterrar en sagrado.

Niño maltratado

Uno de los frailes del Corazón de María (vulgo Claret) que bellotea en Zafrá, dió una descomunal paliza á un niño de siete años, por no haber sabido bien la lección de catecismo.

El niño nada dijo á sus padres, por temor á que fuesen á pedir explicaciones al colegio y su verdugo repitiera la suerte.

Los padres lo advirtieron, y al fin él confesó lo ocurrido, y la madre lo llevó inmediatamente á la plaza del Mercado, donde exhibió las contusiones que tenía, produciendo gran indignación en las personas que las vieron.

Alguien le aconsejó que se quejara al superior; fué á verlo, y salió encantado de la amabilidad con que la había recibido, renunciando desde entonces á toda queja.

La ignorancia, y más cuando va unida á la miseria, ni tiene idea de lo que es dignidad humana, ni resiste al más pequeño ofrecimiento. Vaya usted á saber si comprarían el silencio de la infeliz con una biusa de real y medio para su hijo.

Por esto no me atrevo á censurarla, y sí á los miserables que abusan de la miseria y de la ignorancia.

Si yo abiyelara er mando
que Undebe le dió á la muerte,
no dejaba en este mundo
calabaza con bonete.

PADRES DE ALMAS Y DE CUERPOS

Fuero concedido por don Alfonso X el Sabio á los sacerdotes de Salamanca para que pudieran nombrar herederos á sus hijos y nietos, por más que fuesen adulteros, sacrilegos y bastardos:

«Sepan quantos este privilegio vieran et oyeren, como Nos don Alfonso por la gracia de Dios rey de Castiella, de Toledo, de León, de Galicia, de Sevilla de Córdoba, de Jahen, del Algarbe, en uno con la reina doña Violant, mi mugier, et con nuestros fijos el infante don Fernando, primero et heredero, et con el infante don Pedro, et con el infante don Johan, damos et otorgamos á todos los clérigos del obispado de Salamanca, que puedan facer herederos á todos sus fijos, et á todas sus hijas, et á todos sus nietos, et á todas sus nietas, et de en ayuso todos quantos dellos descendieren por línea derecha en todos sus bienes, así muebles como raíces, después de sus días: et mandamos et defendemos, que ninguno sea osado de venir contra este privilegio para quebrarlo, nin para menguarlo, en ninguna cosa nin por título de adulterio, nin de sacrilego, nin de bastardía: et á cualquiera que lo ficiere havría la nuestra ira, et pecharnosye en coto mil maravedís, et al querellante todo el dño doblado.»

«Et nos el sobredicho rey don Alfonso, regnante en uno con la reina doña Violant, mi mugier, et nuestros fijos el

infante don Fernando, primero et heredero, et con el infante don Sancho, et con el infante don Pedro, et con el infante don Johan, en Castiella, en Toledo, en Leon, en Galicia, en Sevilla, en Córdoba, en Murcia, en Jahen, en Baeza, en Badaloz et en el Algarbe, otorgamos este privilegio, et confirmámoslo.—Yo Juan Perez de Cibdad lo escribí por mandado de Millan Perez de Aellon en el oncenno año que el rey don Alfonso regnó.»

Los pájaros y los frailes
madrugan al mismo tiempo;
unos á cantar el alba
y otros á gruñir sus rezos.

El dogmatismo religioso

Refiere Guyau en su obra *L' Irreligion de l' Avenir*, el hecho de un europeo que, viajando por la India, tuvo ocasión de partir con un brahmán sobre los dogmas de su religión, uno de los cuales encierra el más escrupuloso respeto hacia toda clase de animales. «Nuestra ley, le decía el sacerdote oriental, no solamente prohíbe el menor acto voluntario realizado en perjuicio del más inferior de ellos y de comer su carne, sino que también nos ordena que cuando caminamos, debemos tener siempre la vista fija en la tierra que pisamos y, en caso necesario, desviar nuestros pasos para no aplastar algún inocente insecto.

El europeo, sin pretender refutar tan candorosa fe, puso en manos de su interlocutor un microscopio; el sacerdote miró á través del instrumento y vió, sorprendido, que en todos los objetos que le rodeaban, en los frutos que iba á comer, en la bebida que se disponía á tomar, por donde quiera metía la mano y ponía el pie, se agitaba y desarrollaba una viviente multitud de animales liliputienses cuya existencia era para él desconocida, de seres que jamás había supuesto existiesen en el universo.

Estupefacto, el brahmán devolvió el microscopio al europeo. «Tengo el gusto de ofrecérselo á usted», le dijo éste. Entonces, radiante de satisfacción, en un delirio indefinible, cogió el fanático indio el instrumento y lo redujo á pedruzcos, yéndose luego con aires de triunfo, como si de un solo golpe hubiese aniquilado á la verdad y salvado su fé.

La anécdota es un ejemplo que sintetiza la acción ciega y nociva del dogmatismo religioso. El sacerdote brahmínico es el poder absoluto, la sumisión irreparable que se desprende de la obra de las religiones dogmatizadas: el microscopio es la ciencia, el deseo de investigación, la maravilla de los constantes descubrimientos humanos, la tolerancia del creyente en las cosas que se renuevan, se transforman y se cristalizan en provecho de la humanidad.

Todos los profesantes de las religiones reveladas, están prestos á romper los «microscopios» que á su alcance lleguen. El microscopio, es decir, la ciencia, es la enemiga irreducible de la religión. Son los dos puntos polares de nuestro mundo ideal. Son dos fuerzas que se repelen, á pesar de la se-

mejanza puramente exterior que las caracteriza. La ciencia es análisis, exploración, deducción, destriamiento, diafanidad, mientras que los dogmas religiosos se encierran en una fórmula uniforme de revelación que conduce fatal é inexorablemente á una obsesión constante del pensamiento hacia un punto fijo é inmutable.

Analizar un dogma religioso, se ha dicho, representa su completa negación. Las oscuridades, las tinieblas que forman su génesis y el artificio de que se halla revestido, no pueden resistir la más leve acción de los elementos críticos ó analíticos de la ciencia. La vida y la influencia de los dogmas religiosos se hallan pendientes del poder, cada día más intenso, de los descubrimientos progresivos. Porque los dogmas se nutren de lo absoluto y representan simbólicamente una idea de eternidad y son producto de una concepción divina que la luz científica va gradualmente debilitando á medida que ella se expande y robustece, por ser esencialidades contrarias á la sanción normal y natural de nuestra naturaleza y por ser atributos que constituyen una repulsión á los atributos esenciales de la vida y la moral humanas.

Es una lucha interna y sorda, una lucha subterránea que se desarrolla en el silencio de las lucubraciones filosóficas, en la quietud del laboratorio científico por una parte, y de la otra en las tenebrosidades del confesonario, en las frías celdas de los monasterios medievales, en las resonantes bóvedas claustrales. Es una lucha ingente que ha tomado el carácter de un verdadero duelo á muerte, en el que el vencedor será el que dispone del noble poder de sus empujes nuevos y lozanos y de la maravillosa fuerza estratégica de la experimentación, de la convicción y de las demostraciones tangibles y reales.

El dogma religioso perecerá inevitablemente en este torneo. La victoria es para la ciencia, que es fuerza que aclara y demuestra, que convence y nutre.

El dogma es, contrariamente, una presión tormentadora, una imposición ciega, y la sumisión á su obra es la sumisión esclavizante, obediente á los mandatos inexorables de la ley absoluta que lo caracteriza.

El dogmatismo de las religiones positivas obstruye el paso á la libre expansión de las afirmaciones humanas. Es un tóxico que pretende matar en flor la expresión científica del mundo moderno. A los particularismos, á las diferenciaciones específicas que la ciencia usa para intensificar y depurar la vida humana, el dogma opone la característica de su idea de revelación, que representa la negación fundamental del pensamiento, del libre exámen, de todos los atributos que vivifican la obra del progreso humano.

La muerte del dogma religioso será, pues, la coronación de la ciencia en el dominio humano. A los que vivimos en el anhelo y en la esperanza de una armonía vital para los hombres, debe preocuparnos en gran manera la solución de esta capital trasmutación. Es tan esencial para la eficacia de nuestra labor humanizante, que de ella pende el destino de nuestro mundo ideal; la pasividad significa, en este caso, nuestro propio suicidio moral.—F. YRLA

El cuadro de Muñoz

El pintor madrileño Domingo Muñoz ha pintado un cuadro en que los clericales pretenden que se hace la apología del «criminal Ferrer», y piden el castigo del autor y la exclusión del cuadro de la Exposición de Bellas Artes.

A esto se nos ocurren dos argumentos:

Primero. Si es ilícita la apología del crimen, no lo es la apología del criminal en todo aquello que no atañe esencialmente al crimen como tal.

Segundo. Con igual razón deben perseguirse los pintores, escultores y panegiristas de Cristo, «criminal» declarado por las autoridades competentes y legítimas del *pueblo de Dios* y de la nación más poderosa.

¿Qué quieres que yo le jago lo que remedio no tiene?
La que anda con padres curas mira lo que le sucede.

ALFILERAZOS

Cuando aquí hemos dicho que los curas que decían misa á las últimas horas almorzaban previamente, pensamos con lógica que, Dios sobre todo, muchas almas timoratas se habrían escandalizado.

Pues para consuelo y edificación de los fieles y como otra prueba del mucho caso que nos hace el Papa, su santidad se ha dignado acordar que eso del almuerzo antes de decir misa los curas ó comulgar los fieles, quede reducido á que lo hagan con cierta prudente anticipación, sin necesidad de estar en ayunas desde la media noche.

Lo más racional del mundo; porque si Dios sólo está en la sagrada oblea el escasísimo tiempo que tarda en deshacerse en la boca, sin que Jesús sacramentado llegue jamás al estómago, la prohibición de ocuparlo sólo puede justificarse por la precaución contra la curda que tan poco favor haría á curas y á legos católicos.

Ahora ya no hay ni siquiera el peligro de un proceso contra los que comulguen hartos de buñuelos.

Conque, á responder á la guasa con la guasa, y que «cada palo aguante su vela».

**

Las monjas Oblatas del presidio de Godella, que nos regaló el obispo de Daulia para secuestro de pobres chicas de la higiene, se complacen en endulzar las horas de ocio del señor Arzobispo, que son todas las del día y parte de las de la noche.

Pasa su excelencia muchas tardes en aquella cárcel para las asiladas y paraíso para las carceleras, en el inocente y honesto recreo de dar vueltas á la *comba* para que las religiosas jovencitas muestren sus habilidades y sus bajos.

Claro está que castidad á curas y á monjas no se les puede exigir; pero prudencia y recato, sí, señor. ¿No es verdad, D. Victoriano?

Hay que encender el fuego donde no salga el humo.

Y del enemigo, el consejo.

CLARETE

Valencia.

¡Ay pobrecita de mí que doy suspiros al aire, y el aire se me los lleva como mi hacienda los frailes!

Juicio imparcial

Allá va el que emitió hace años sobre curas y frailes un católico tan probado como D. Damián Isern, en su libro titulado *El desastre nacional*. El ser quien es avalora el juicio.

«En el clero, dijo, existen muchos, muchísimos prelados de gran virtud y saber; pero á su lado se han visto otros, según resulta de hechos y documentos de carácter político, «perfectamente comprobados», que reunieron fortunas cuantiosas y luego olvidaron, al dictar su testamento, deberes esenciales en todo príncipe de la Iglesia, habiendo descuidado además alguno la liquidación de cuentas con el Estado sobre inversión de sumas considerables.» Y añade en una nota: «Los documentos referentes á la liquidación de cuentas, se guardan en centros oficiales bien conocidos.»

«Existen muchos, muchísimos sacerdotes de gran virtud y ciencia; pero existen otros en quienes causa terribles estragos la corrupción de costumbres; «Existen muchos fieles guardadores de las prescripciones canónicas en materia de usura y de simonía, y en administración de caudales eclesiásticos; más existen desgraciadamente algunos, según quejas repetidas de eminentes prelados, que por el préstamo amasan grandes fortunas, apeñan á medios ilícitos para la obtención de prebendas, y en administraciones parroquiales perciben limosnas por misas que no se celebran, al menos cuándo y dónde deben celebrarse.» «El autor posee multitud de documentos que constituyen «prueba» jurídica plena de cuanto afirma y no los publica por respeto... etc.»

«Es que la educación de los seminarios, lo deficiente de la instrucción que se recibe en ellos, «la poca caridad con que son tratados los nuevos sacerdotes», el sistema de afectos antepuestos al mérito, que tanto influye en la formación de los cabildos, el de las recomendaciones políticas aplicado á la provisión de toda suerte de cargos eclesiásticos... han producido terribles efectos en el clero.»

«¡Qué abismo entre las magnas Universidades católicas del extranjero, donde se estudian y profesan, con los últimos recursos pedagógicos, cuantas ciencias modernas y problemas científicos hoy palpitan, y nuestros «menguados seminarios» donde todavía rigen el P. Perrone, la Física aprendida de memoria, y los silogismos en «bárbaro!...»

En Roma mismo, y por quien más puede hacerlo, se han formulado juicios nada lisonjeros sobre estas tristes cosas de la España decadente. ¿Cómo extrañarse de que un clero en tales pechos criado sea «el clero del odio negro» á la cultura, el clero inocente del gran movimiento regenerador religioso que por el mundo civilizado circula como aura nueva?»

«La desamortización y el establecimiento en la Península de comunidades extranjeras que desde la restauración acá HAN ACAPARADO RIQUEZAS POR MÁS DE TRESCIENTOS MILLONES, «según cálculo de un insigne purpurado,» han influido poderosamente en la disminución de la autoridad social del clero. En realidad la mayoría del clero es pobre; por su ministerio se ve obligado á predicar la caridad y luego no puede practicarla.»

«Por otra parte, al recorrer la historia de nuestras congregaciones religiosas, «se ve que han perdido de su esplendor, aun aquellas que más elevado lugar ocupan en la consideración de las gentes.» Antes salían de sus filas hombres insignes en letras y en ciencias. Desgraciadamente para todos, actualmente ocurre poco de esto, cuando ocurre.»

«Las letras están representadas principalmente por (aquí una lista de nombres) y las ciencias á su vez por (otra lista) ninguno de los cuales pertenece á las órdenes religiosas y aún algunos de ellos no son católicos.»

«Se explicaría que abandonaran los religiosos las letras y las ciencias en cuanto tales, y se sirvieran sólo de ellas para contrarrestar la labor de la impiedad. ¿En qué tarea más provechosa podría emplearse la tranquilidad de los claustros que en la producción de referencias contiguas de obras de perdición para las almas?»

«A la vista está que en España existen muchos colegios y academias que producen pingües rendimientos á las órdenes religiosas que los so tienen. Pero en España no existen, como en Italia, Francia, Inglaterra y Alemania, grandes revistas científicas de controversia, redactadas por religiosos, ni obras de polémica científica, á la altura de necesidades de la cultura moderna, redactadas por religiosos, ni grandes esplendores de la cátedra sagrada, sostenidos por religiosos, ni campañas de Ateneo ó de prensa diaria, sostenidos por religiosos.»

«Desgraciadamente, si no se ve nada de eso, «se ven en los mercados productos industriales de Comunidades religiosas, algunas extranjeras,» en competencia con el trabajo y la producción nacionales; en cambio se habla en no pocas provincias, de los bienes materiales que ésta y la otra comunidad acumulan, mientras muchos curas párrocos no pueden vivir, y algunos sólo viven con el trabajo de sus manos y el sudor de su frente...» Y en una nota: «Los fabricantes se han quejado por no poder sostener la competencia con cierta Orden, que, como otras muchas, «ni aún observa el descanso dominical»

¿Qué anticlerical, qué impío, qué hereje ha dicho en España más contra el clero y las comunidades religiosas, que dice ese indiscutible católico en los pá-

rrafos copiados? Y si eso dijo á raíz del desastre colonial, en que las órdenes religiosas no llegaban á la mitad de las que hoy existen, ni habían cometido tantos desafueros y tantas exacciones, ¿qué no diría hoy el ilustrado exdirector de *La Unión Católica*?

Pues bien: como ese caótico piensan todos los católicos... que piensan, y todos los anticlericales; es decir, la mayoría de los españoles. Y, sin embargo, un gobierno demócrata duda y vacila en la aplicación de las leyes (por que ni que hacerlas nuevas tiene) que acabarían con todos esos males.

Cuando se medita sobre esto, se desconfía de la salvación de España. Y gracias á que el aviso de Barcelona ha venido á despertar algunas energías, que si no, á estas fechas habríamos perdido toda esperanza.

En este sentido, el movimiento de Julio fué un movimiento redentor, que debe aplaudir todo espíritu verdaderamente liberal.

Los males comunicados dicen que tienen consuelo; corté los míos á un cura y no gané pá tiberies.

El monstruo herido

Nuestro siglo es de conquista.

La evolución es una fuerza incontrastable, preestablecida y demarcada dentro del orden natural de todo lo existente. Podrá retardarse en la manifestación de sus efectos en razón de causas múltiples y diversas que se le opongan por un espacio más ó menos determinado de tiempo; pero pretender obsecarse en destruir las resultantes que aparecen el consorcio de causas que por su propia naturaleza se ven necesariamente impelidas á producir resultados previstos y determinados, eso es un sueño quimérico, una embriaguez del sentido que piensa y razona, y una retroversión completa de las ideas nacidas en cerebros que, atrofiados por brutales masajes de placeres y goces imposibles, han dado un tumbó en el claustro óseo de sus cráneos.

El siglo se precipita hacia adelante. Su marcha es de avance. No hay poder capaz de imprimirle un movimiento contrario.

La humanidad entera hace lo propio y secunda su rotación, y todo el engranaje de esa gran máquina acompaña y acelera la marcha hacia siglos más avanzados.

La nueva ciencia ha arrojado á los inanimados ídolos de sus viejos tabernáculos y derrota con éxito evidente las preocupaciones ascéticas de la fe.

Sólo el clericalismo religioso se mantiene estacionario y pugna por reaccionar, sin darse cuenta de que las contorsiones horripilantes de su lenta agonía ayudan á evolucionar, porque la fuerza

que conquista, se duplica para destruir á la fuerza que reacciona.

El siglo de la fe ha muerto. Las saturnales sangrientas de la Edad Media y las báquicas orgías vaticaneas no han de volver á producirse, porque el hombre actual, á fuerza de sangre y de martirio, va comprando su libertad al precio de su vida.

El poder de la Iglesia está hoy día circunscripto al estrecho paréntesis del Vaticano, ese fastuoso monumento fruto de la rapiña y del crimen.

Perdida la fuerza material que antiguamente ostentaba; perdida la influencia política sobre los tronos que también se tambalean como borrachos en la orgía del despotismo; perdida la acción sugestiva sobre las conciencias de las masas capitaneadas por sus esbirros asariados con los dineros robados de las arcas de la ignorancia, no le restan más fuerzas para batirse; y un insignificante triunfo que hoy pueda conquistar, no será otra cosa que el prólogo de su inevitable y definitiva derrota.

Está herido de muerte. Le va un dardo clavado en medio del corazón.

La hemorragia interna lo ahoga.

Entre tanto la civilización avanza, y con las pesadas ruedas de su carro de triunfo aplasta la cabeza del ogro infame que, con la cruz en una mano y el puñal homicida en la otra, asesinó el progreso intelectual y material de veinte siglos.

EL ALBA

Asunción del Paraguay.

El que quiere saber de qué color es la pena, preste á un cura cinco duros é intente cobrar la d.uda.

ASUNTO TERMINADO

Por complacer á un amigo, el señor Heróida, publiqué hace dos números el artículo titulado: «¡Oh, el regionalismo!»

Por complacer á otro, el Sr. Lamarc, publiqué el que va á continuación.

Pero no voy á insertar escrito alguno referente á este asunto. Portugal, como España, tiene hechos gloriosos y hechos censurables en su historia, y no debemos recordarlos hoy ni para establecer supremacías, ni para crear antagonismos, sobre todo aquellos que anhelamos que ambos pueblos se fundan en la misma aspiración.

El artículo dice así:

Sr. D. José Nakens.

Muy señor mío y amigo: El Sr. Veritas padece muy graves errores. Eso que llama *colonialismo* y *opresión* inglesa, es cuento y muy fantástico.

Los portugueses han gozado siempre de mucha más libertad y garantías personales que los españoles. Unidos á España, los parientes más cercanos de Torquemada les harían sufrir muchísimo más, y no tendrían las buenas colonias que aún conservan, con cerca

de dos millones y medio de kilómetros cuadrados, gracias á sus aliados ingleses.

La nueva dinastía, que expulsó del trono á la primera, y la grande y supina ignorancia de aquellos tiempos, la llevó á la categoría de *inquina*, que, siendo una de las pocas verdades históricas, así como la Inquisición, hoy nos parece una fábula.

No pue le decirse, con verdad, que las cosas en Portugal marchan bien; pero, siempre marchan mejor que en España. En Portugal no tolerarían un mes á Maura y á su *tufo* La Cierva.

Juan Franco no hizo la milésima parte de lo que hicieron aquéllos, y, sin embargo, muchos días antes del *regicidio*, se cuidó muy bien de no aparecer en público, y después del hecho trágico, tomó el «*Sud-Express*» entre Siete Ríos y Larangeiras, donde no para, bien guardado y vestido de *noviero*, según dicen unos, y de *jesuita*, según otros.

Los portugueses, ó *nalegos bravaços*, son menos *sanguinarios*, menos *fundíticos* y mucho más amigos del progreso y de la libertad que la mayoría de los españoles.

Un puñado de hombres adquirió controlis mucho más importantes y extensas que los españoles, y sin cometer los crímenes y felonías que algunos de éstos cometieron.

Yo conozco las excolonias portuguesas y las excolonias españolas. En donde pisaron los primeros, en cualquier parte, se conoce algún progreso; mientras que, en muchos puntos en que pisaron los segundos, no se advierte el menor adelanto. Se *amoldaban* á lo que encontraban hecho, lo cual prueba que carecían de habilidad y de amor al trabajo.

Me reitero su muy atento y s. s.

P. LAMARCI

Lisboa.

Llorad, ojos, dijo un cura,
llorad, que tenéis por qué;
que es deshonra para un hombre
ir vestido de mujer.

REMITIDO

Para el Sr. Ministro de Gracia y Justicia.

En Valencia de Alcántara se construye un edificio para cárcel y Juzgado. El mortero de cal se hace con las tierras extraídas de los cimientos y rebaje de la calle (creo que ni el pliego de condiciones ni el señor arquitecto debena autorizar que un edificio de esta clase se construya así); arena tienen una poca, llevada cuando el edificio está á su altura (creo que para vist); además de esto, aprovechando la falta de trabajo, se trata á los operarios de muy mala manera, y la prueba es que uno anda cojo de una caída, que antes de tiempo se les dió el alta, y que ya no cobra nada.

El día 13 del presente por la tarde, estando construyéndose una cornisa sobre un andamio con dos tablonces que tenían entre ambos 42 á 44 centímetros de ancho, se desprendió toda la cornisa, entre el pánico en los albañiles; uno fué despedido desde 7 á 8 metros de altura.

Al día siguiente apareció el andamio con tres tablonces, y salpicada la cornisa con mortero de arena; pero el día

15 por la mañana le hicieron la autopsia al caído. El muerto al hoyo y el encargado de la obra tan fresco yuelto.

¿Qué ocurrirá aquí, que to los los cae pues están á favor del contratista y no hay inspector que los vigile?

J. AUGUSTO DE LAS NIEVES

Valencia de Alcántara, 15 Septiembre 1910.

Pa que yo te orbé á ti
tengo de ver dos señiles:
un cura que cumpla el voto
y aborrezca los metales.

ARCHIVO DEL CURIOSO

Papas asesinos.

Empezó su pontificado León III haciendo decapitar, aprisionar y dejar en la miseria á cuantos personajes de su reino creyó hostiles. El emperador Luis le recriminó, pero el Papa contestó que to to había sido hecho en bien de la religión; no merecía ella menos.

En efecto; el mismo Papa mandó asesinar en Francia á sus seides á dos personajes auctos al emperador.

Gregorio IV, para vengarse del emperador, que le había dilatado por seis meses la coronación, promovió una guerra, en que Lotario, el hijo del emperador, luchaba contra su padre. No contento con eso, el mismo Papa fué á Francia para dirigir la guerra; el emperador fué vencido, depuesto y deshonrado.

En 1598, el Papa Alejandro VI, habiendo querido envenenar á un cardenal riquísimo, cuya fortuna desaba, equivocó el golpe y se bebió él el veneno que había preparado, de cuyos efectos murió.

Gastos de real casa.

El resumen de ellos es el siguiente:
Sitios reales, 8.428.094 pesetas con 77 céntimos.

Sitios de familias 298.917 con 98.

Mayordomía, 446.619 con 92.

Inspección, 1.094.790 con 61.

Real capilla, 185.720 con 70.

Intendencia, 172.306 con 74.

Caballerizas, 895.511 con 82.

Alumbrado 314.019 con 32.

Armería, 50.140 con 57.

Médicos, etc., 290.651 con 70.

Obras, 280.875 con 73.

Asilos, 51.696 con 06.

Pensiones, etc., 1.511.453 con 91.

Pasivos é imprevistos, 213.603 con 28.

En cifra redonda suma to do esto seis millones cuatrocientas mil pesetas, bastante menos que los ingresos.

El Espíritu Santo.

En prueba de la cultura religiosa de los bárbaros católicos de los mejores tiempos del catolicismo, véase cómo pensaba sobre la Trinidad, na la menos que un emperador de la talla católica de Carlomagno, y de qué modo se hallaba enterado del dogma en que decía creer. En vista de algunas dudas que le ocurrieron sobre la Trinidad, convocó Carlomagno, por sí y ante sí, un concilio en Aquisgrán (¿qué sucedería si pretendiera reunir otro en Toledo ó en Vllabestia, Canalejas?), año 805 y en dicho concilio sometió esta cuestión de pata de banco.

Siendo el Espíritu Santo un palomo, ¿cómo puede ser una persona de la Trinidad? Y admitido que lo sea, ¿qué parentesco le une con el Padre y con el Hijo?

Los obispos del concilio, que eran unos Rodríguez San Pedro ó unos La-cierva, revolviéron ar hivos y bibliotecas, estudiaron, deliberaron, y no habiendo encontrado solución, decidieron someter el asunto al Papa. Y el Papa resolvió... que en tal cuestión no podía resolverse nada y había que creerlo todo: lo mismo que ahora.

EL RADICAL

A pie é su sepultura
de rotas me jinqué,
y le faltó tiempo á un cura
para pedirme paré.

Las cárceles rusas

Es defecto muy español el de ver ventajas en todo lo extranjero, lo mismo en lo bueno, que en lo malo.

Ya demostaré en el número próximo que en esto del maltrato é las cárceles no tenemos por qué admitir la supremacía de Rusia ni de nación alguna.

En la prisión de Wladimir, Rusia, hay unas cuantas celdas obscuras, llamadas «*cámaras mortuarias*», que no contienen silla, mesa ni lecho; los desventurados que son conducidos á esos calabozos sufren un verdadero tormento, pues durante el día les está prohibido sentarse en el suelo, y por la noche tienen obligación de permanecer extendidos sobre el duro y húmedo pavimento. Tales celdas son consideradas como de castigo, y basta cometer la sencilla falta de no ponerse en pie al entrar el carcelero para ser recibidos en ellas.

Sin embargo, la cárcel de Wladimir es un paraíso si se la compara con la de Tobol k. Allí los prisioneros son tratados con extremada dureza, y á la más leve muestra de protesta, fusilados ó ahorcados. El látigo está á la orden del día, y la *Grand Revue* refiere á este propósito algunos d tales conmovedores. Un preso, por ejemplo, se permite encender su cigarro en la lámpara clavada en el muro, y es «delito» es suficiente para merecer la pena del látigo. ¿Otro se niega á limpiar el po vo con la mano y reclama una escoba? Inmediatamente es fustigado. Igual castigo se aplica al preso que comete el descuido de llevar desabrochada la chaqueta...

Entre los presos que son conducidos á las cárceles rusas existe la categoría llamada de los *morituri*. Estos, tan pronto ingresan, son inmediatamente aislados. Son los condenados a muerte, y con frecuencia esperan durante varios meses la ejecución de su terrible sentencia. Fácil es imaginar la horrible angustia en que viven, pues cada día al ocultarse el sol ignoran si sus ojos verán la nueva aurora.

Los *morituri* tienen el privilegio de permanecer libres de cadenas y grilletes y de recibir la visita de su familia. Dos

veces por semana, la muchedumbre de parientes tiene libre entrada en el locutorio de la Cárcel. Dos cancelas, situadas á tres metros una de otra, separan á los presos de sus visitantes. Desde esa distancia tienen que hablarse, y como los encarcelados y los parientes son muchos, cada uno de ellos grita cuanto puede con la vana esperanza de ser oído: después de pasados cinco ó seis minutos en tremenda confusión, la sala es desalojada para que otros puedan ocuparla...

Parece aquél, en verdad, uno de los tremendos suplicios del infierno imaginados por Dante...

En un convento de frailes
á consultar al prior
entré á las doce del día,
y se me eclipsó el reloj.

Ferrer, y Mercier

La calumnia, arma preferida de los clericales, acaba de sufrir un hermoso fracaso.

Los obispos extranjeros, acosados en sus respectivos países por la prensa liberal como cómplices natos y solidarios de los crímenes del clero español, se ven obligados á salir á la palestra, dejando á un lado los capisayos y demás adinículos escénicos para responder, como hombres, de sus dichos y de sus hechos.

Esto le ha pasado al cardenal Mercier. Para defenderse de la culpabilidad que en el proceso de Ferrer le toca á él por razón de la comunión con los clericales españoles, recurrió al medio expedito de inventar hechos y de falsear las cosas en una pastoral. Mas he aquí que la *Biblioteca de Propaganda* de Bruselas ha publicado un folleto documentado, en el cual el señorito cardenal aparece convicto de calumnias contra Ferrer, bien que en su *humilde* confesión las llama «errores de detalle».

Afirmó que los obispos de España nada tenían que ver en la condena de Ferrer; al exhibirle las pruebas, háse callado como un muerto.

Afirmó que los librepensadores habían proferido acusaciones falsas contra los clericales á este propósito. Retado á señalar los nombres de aquéllos y á puntualizar las acusaciones, háse excusado con el «tío: yo no he sido».

Por éstas y otras *eminentísimas* des- preocupaciones tiene bien ganado el capelo el monsieur Mercier.

Yo soy uno y tú eres una,
mas juro por San Andrés,
que si vienes por la iglesia
llegaremos á ser tres.

Como éste hay muchos

¿Que el cura de Estivella no hace más que decir pestes de mí y levantar-

me estúpidas calumnias? Como los de todas partes. Afortunadamente yo sé quién soy y cómo soy, y esto me basta.

¿Que está hecho un toro con las Hojitas piadosas? Creo que hay una equivocación de animal: será un burro.

¿Que es un cura moderno, que no piensa más que en el dinero y en las mujeres? ¡Ay! En esto no se diferencia de los antiguos.

¿Que ha celebrado un rosario en desagravio de lo de las Hojitas? Por mi parte que celebre cincuenta.

Mientras haga eso, no hará cosas peores.

En Nueva York ha matado un conocido comerciante á su mujer por haberla hallado cerca, muy cerquita del cura católico de la iglesia de San Agustín, y en la misma cama.

Opino que el comerciante obró con cierta ligereza.

¿Quién nos dice que el ministro del Señor no trató de hacer un ensayo, para ver hasta dónde llegaba su fortaleza ante una tentación hermosa?

No se debe juzgar por apariencias.

Estoy pasando por ti
más penas y más trabajos
que un páter cuando le birlan
ama, dinero y curato.

Si no lo protege denodadamente la fuerza pública, los vecinos de Castrogiorani (Italia) destrozan al sacerdote Pablo Vetri al ser conducido á la cárcel por haber destrozado él á una niña de nueve años.

La fuerza pública rebasa á veces en todas partes los límites de su autoridad, impidiendo de este modo que la justicia se cumpla.

Si me quieres dímelo
y si no dame veneno,
y si aún quieres ensañarte
envíame un reverendo.

Expulsión de jesuitas en Portugal

Los jesuitas españoles se habían instalado de matute como simples misioneros, escondiendo el fagín y el Cristo que usan á guisa de puñal, en Aldeia del Ponte, sorprendiendo la buena fe del gobierno y logrando la aprobación de unos estatutos, según los cuales la casa sería de simple enseñanza, de beneficencia y de piedad.

Durante algunos años se la pegaron al gobierno portugués; pero he aquí que con fecha 12 de Septiembre se ha publicado la orden de cierre de la casa, expulsión de sus bergantes inquilinos, confiscación de bienes, y además pasando el tanto de culpa á los tribunales para que apliquen á los perfructos perillanes las penas en que hayan incurrido con sus felonías de gatos piadosos.

Entre los fundamentos de estas sanas y santas medidas de gobierno, se alegan éstos:

Que la casa no cumplía los deberes que se había impuesto por los estatutos en lo de Escuela de Artes y Oficios (ojo á la de Madrid).

Que sus individuos se dedicaban exclusivamente á la vida contemplativa (vulgo mediativa de tapacrias) y á la propaganda de ideas entreveradas de religión y de política electorera, utilizando para ello el confesonario y el púlpito.

Que no llevaban cuenta de sus ingresos y gastos ni sometían sus libros á la autoridad, dedicándose al tráfico fraudulento.

Que se afanaban por las mercancías de objetos religiosos, traficando con libros, estampas, rosarios y medallas, fomentando el fanatismo en el pueblo ignorante.

La sentencia ha sido declaratoria de que, además de estafadores, ocultadores de riqueza y rebeldes á las leyes nacionales, eran *perturbadores del orden público*.

Señor Canalejas; ya ve usted; hasta en Portugal... ¿Cuándo comenzaremos por acá la lucha contra las artes y oficios jesuitas?

En el siglo XVIII se entendieron admirablemente Pombal, Choisenl y Aranda. ¿No se entenderán ahora después de siglo y medio de progreso?

Si la Iglesia Católica continúa enviando al cielo á los infames, á los asesinos y á todos los criminales en general (una buena confesión basta para ello), el infierno será el solo lugar habitable para las gentes honradas en el otro mundo.

El ama del padre cura,
¿en qué podrá consistir
que enferma siempre por Junio
y se cura por Abril?

LA EDUCACIÓN LAICA

Domingo Diaferia se casa civilmente con Carolina Cuozzo. Su cuñado, el sacerdote Vicente Diaferia, quiere acompañar á los esposos en el viaje de bodas, pretendiendo además que la esposa no conviviese maritalmente con el esposo. Se había enamorado de su cuñada.

Y tan celoso y tan feroz se puso, que acabó por matarla, según él mismo ha confesado ante la Corte de Asises de Avellino.

Y esto lo refiere el diario *Roma*, que se publica en Nápoles.

Con esta fecha escribo á varios amigos de Italia, rogándoles que averigüen en qué escuela laica se educó ese cura, para unir este dato más á los muchos que ya tengo, probando que de los seminarios no salió jamás un solo asesino.

Millares de ellos, ya es otra cosa.

A un cura le presté un duro,
y á poco me lo volvió
en sufragios y en sermones,
que lo que es en plata, no.



SECCION AMENA

Cosas de chicos

Llegó el mediodía. Pascualillo, el sobrino auténtico del párroco, y Menegilda, hija de la demandadera del convento, encontraronse por casualidad mientras los rebañes de uno y otra pastaban á sus anchas en la pradera.

—¿Arrejuntas la comida?— dijo el rapaz á la muchacha.

—¿Qué tienes tú?

—Pues chorizo, un cacho de cecina y para postre unos higos.

—¡Ay hijo! Ya se conoce que vives en casa de cura, ¡qué lujos! Yo no traigo mas que unas patatas, que voy á calentar quemando esta mata. Ya ves, no me puedo *ajuntar* contigo. Tú traes comida de señor, y yo de *pobre*. Conque cada uno á lo suyo.

—Anda, tonta. ¿Te crees que soy yo como mi tío, que de lo que él come no quiere que cate nadie? ¡Sí, sí! ¡Bueno soy yo, recontra! Para cura no serviré, como dice mi tío Pablo, pero á buen... corazón... ya quisiera el y todos los de su casta... *Aséntate*, chica, y vamos á comer, que bien lo sudamos... Conque, ¿qué hay por el convento? Las monjas tan lustrosas y guapetonas como siempre, ¿eh? Aquí las quisiera yo ver guardando cabras desde que Dios amanece hasta la noche.

—No murmures, Pascual, no murmures... Eso es pecado.

—Lo será; pero tanto se calla uno que al fin revienta. Pongo por caso; vamos á ver; verbigracia: ¿no soy yo sobrino de mi tío?

—Sí.

—¿No es mi madre hermana suya?

—Claro.

—Pues ¿por qué á ese señorita hijo del ama le ha de tener como un marqués y á mi guardando cabras?

—Es que tendrá más *cecina* que tú.

—¿Qué *cecina*, mujer? Di que ahí hay otra cosa. Vaya, aunque *paice* que uno se mama el dedo... Si no sabrá uno... ¡Como que yo no sé lo que pasa! ¡Como que no veo! ¡Como que no me entero de lo que mi tío hace todas las noches! Coger la capa y marcharse... ¡Dios sabe dónde!

—Y quien no es Dios también.

—¿Qué, sabes algo?

—¡Anda, pues no he de saber! Pero, calla, no he dicho nada. ¡Demonio de lengua!

—*Paice* mentira que te andes con rodeos. *Mia* tú; si nos conocemos desde que éramos así, y en cuanto sea hombre y vuelva de servir al rey... Con que di ¿Qué es lo que sabes?

—Pues... pero no diras nada, ¿eh?

—que no.

—Júralo: besa esta cruz del suelo. Pues, que tu tío y la maestra de novicias... Me da vergüenza decirlo; en fin, ya me entiendes. A mí me mandan á acostar temprano; pero ¿qué hago? me estoy mirando, mirando por el ventanillo hasta que tu tío viene, llama que-

dito en el postigo, le abre sor Paula y entra.

—¿También eso?

—También eso. Y me parece que esas visitas de noche no traen nada bueno.

—Eso digo yo. Es decir, no digo nada de que sea bueno ó malo. Pero ya verás cómo resulta otro señorita en casa.

¡Vaya una broma!

Viajaba en ferrocarril, en un coche de tercera, un cura párroco que era joven, apuesto y gentil.

Iba en el amplio vagón el clérigo solitario, y en un mugriento breviario distraía su atención.

Pasaban las estaciones, al coche nadie subía, mas el sotana seguía sumido en sus oraciones.

Silbó la locomotora anunciando un apeadero, paró el tren, subió un viajero y en seguida una señora.

Sin duda porque creyó estar allí más *segura*, al lado del señor cura la señora se sentó.

Entró en un túnel el tren, oscuro como la noche, y al mismo tiempo del coche la luz se apagó también.

Por esta causa, no extraña, entre sombras anduvieron todo el tiempo que estuvieron del agujero en la entraña.

El viajero, hombre travieso y de un humor soberano, en el dorso de su mano imprimió un sonoro beso, y enseguida propinó al cura tal bofetada, que la mano señalada en el rostro le dejó.

Y como siguió al chasquido del beso aquel bofetón, rugió el cura: «¡Maldición! ¡La única vez que no he sido!»

U. N. SERRANO

Onil.

Una señora entra en una iglesia, llevando á un chico de la mano. Es la primera vez que lleva el niño al templo.

Pasa un clérigo con sobrepelliz. El chico lo mira con atención y exclama: —Mamita, ¿por qué esa señora lleva la camisa por encima del vestido?

¡Qué bruto!

Pasa bordeando cierto pueblo un misero arroyo que casi nunca lleva un de-

clitro de agua, pero en cierta ocasión creció tan inusitadamente, que llegó á alcanzar tres varas de altura y á cubrir con una la plaza del pueblo.

Para recordar fecha tan memorable, erigieron los vecinos un pequeño monumento de la altura máxima que alcanzó la avenida, y allí pusieron una lápida que decía: «Hasta aquí llegaron las aguas del arroyo X... el año 18...»

Las lluvias, el transcurso del tiempo y el instinto demoledor de los muchachos derrumbaron el monumento, y un sacristán aprovechado recogió la lápida arrinconándola en el sótano de la iglesia. Pasados algunos años, abrióse un boquete en la torre que mandó tapar el cura con la lápida susodicha.

Desde entonces todos cuantos subían al campanario podían leer: «Hasta aquí llegaron las aguas», etcétera; pero más práctico, el cura actual ha ampliado la inscripción, y en la de la torre se ve:

«Hasta aquí llegaron las aguas del arroyo X... en el año 18... y el pueblo permaneció incólume por intervención de su augusta patrona.»

En el sermón de soledad, y ante numeroso auditorio, interpela así un cura al crucificado:

—¡Jesús, salvador del mundo, víctima expiatorial, ¿quién te ha puesto en esa cruz? ¿quién te ha clavado sobre ese instrumento de suplicio? Son nuestros pecados, ¿verdad? Son nuestras iniquidades, ¿no es cierto, oh dulce cordero?

—No, señor cura—exclama de pronto un candido campesino;—e Juan, el carpintero. Yo le vi tallar el Cristo, ponerlo sobre la cruz, clavarlo y luego pintarlo.

Habla un cura:

—Hoy he hecho felices á siete personas.

—¿Cómo así?

—He casado á tres parejas.

—Pero, señor cura; tres parejas no hacen más que seis personas.

—¿Y yo, hijo mío? ¿ó crees tú que he trabajado de balde?

Un adorador de Baco, que acababa de salir del templo, enardecido el espíritu con el calor de la fe, cuyos vapores habían tomado posesión, no sabemos si de sus piernas ó de su cabeza, tan torpe andaba y tan mal se sostenía, que tuvo precisión de agarrarse á una reja para no caer.

Sorprendióle en esta actitud un amigo que por allí pasaba y advirtiéndolo la curda soberana que tenía, le dijo:

—Pero hombre, ¡que quieras verte así! A este paso pronto llegarás á pre sidio y...

—No, lo que es á este paso... ¡no salgo de esta calle, sino para ir á la gloria!

Los niños son puros como el ampo de la nieve y como la paloma.

Ponlos en manos de congregacionistas, y ni el lodo los aventajará en sucios ni el gorrión en escamones.

(FOLLETÓN 69.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

POR
OFFENBACH

«zido una estatua á María, sin ocasionar otra víctima sino la del propio anarquista que la llevaba; y como es bien sabido, fué á las tantas de la noche cuando ocurrió este suceso.

«Nos citaba», dice la relación, «hechos que hace falta ser muy ciegos para no ver y muy sordos para no oír»; y, efectivamente, tendría que ser el lector muy sordo para no oír, y muy ciego para no ver que entre el catolicismo cortesano que cree milagro, y milagro conveniente a España, que el criminal no logre su especial ó preferente intento aunque cause, entre muertos y heridos, más de cien bajas, y que el segundo milagro sea debido al agradecimiento con que fué acogido el primero; y el catolicismo popular, que no cree que haya habido más milagro que el del caso en que sólo fué víctima el propio portador de la bomba, hay un verdadero abismo. De manera que ya lo sabe el lector alemán. Así como á todo acusado se le considera en unos países inocente mientras no se le pruebe lo contrario, y en otros, como en España, se le conceptúa culpable mientras él no demuestre su inocencia, sabido es que á todo español, de primera intención, se le tiene por católico; pero será conveniente preguntarle: «¿De cuál es usted, de los de la virgen de la Paz, ó de los de la Fuencisla? ¿De los del milagro de las ciento veinticinco víctimas inocentes, ó de los de una sola, y ésta el propio malhechor?»

En esto de los milagros españoles, la verdad es que no sólo son, como hemos visto, de muy diferente y aun opuesta tendencia ó significación, sino que los hay que, pudiendo efectuarse en cualesquiera tiempo y circunstancia en una parte, no son hacendos sino en determinada estación y determinadas condiciones, en otra parte de aquella monarquía. Así, por ejemplo, en la Península, donde quera y cuando quiera que se deje sentir la necesidad de agua, se recurre á las rogativas para que llueva; pero en California, cuando era de España, los frailes no permitían hacerlas más que en invierno, y con viento Sur (que es cuando allí lueve).

Convendrá que el lector fije su atención y ponga confianza en lo que hemos dicho, de cuál es el catolicismo de arriba y cuál el de abajo en la monarquía española, sin dejarse llevar de apariencias engañosas, tales como los consabidos celos ó pretensiones regalistas de aquellos monarcas. Estas son pampinas, ó, como dice la gente torera, camel troques; al Papa le hace falta el rey, y al rey le hace falta el Papa; de modo que no pueden reñir nunca seriamente. Ni tampoco se crea, por otro lado, que aquel pueblo es lo papista que puede figurar e los que hayan visto una vez á León XIII en su silla gestatoria, pálido de sobresalto ante la excitación de aquellos peregrinos cetrinos y feroces que, subidos en las columnas de San Pedro, gritaban hasta aturdirle y gesticulaban hasta tocarle. Esos eran energúmenos de los que no faltan en aquella monarquía; pero la generalidad de aquel pueblo es y ha sido de antiguo muy poco afecta á Roma, hasta el punto de que, mediante este conocidísimo refrán: «allá van leyes do quieren reyes», hace siete siglos viene protestando contra la disposición que abolió el rito nacional, y de la que no se hizo ningún caso hasta que el rey Alfonso VI, poniendo todo su empeño en que se cumpliese, así lo mandó é hizo ejecutar resueltamente, dando origen al dicho mencionado.

Sin embargo de esto, los altos, los ricos y los influyentes tienen vaticanizada aquella monarquía, y no hay que esperar que la desvaticane ninguno de los Caligulillas que allí se vienen sucediendo en el poder.

CAPITULO XXXIX

DE CÓMO EL MUNDO MARCHA SIN LA MONARQUÍA ESPAÑOLA, AUNQUE EL VATICANO APENAS SE PODRÍA MANTENER EN PIE SIN ELLA.

Sea ó no sea conveniente en otras partes la bula, ó como se llame, en que el Papa recomienda moderación «en el deseo de saber», lo que es en la monarquía española es perfectamente innecesaria, puesto que esta monarquía se halla por completo inocente de deseo tal, y sobre todo, de cuanto las ciencias seculares han llevado y vienen llevando á efecto en pro del progreso humano.

Para ver pronto claramente la exactitud de lo que decimos, no hay más que pasar rápidamente la vista por la historia de alguna ó algunas de esas ciencias, de aquellas, por ejemplo,

que por su misma naturaleza más intrigan la curiosidad del ignorante y más agujonean la del sabio, y de las que puede decirse que son las que de fundamento y cuajo han echado por tierra el antiguo concepto que de las cosas y cuestiones que más le interesaban venía teniendo el hombre. Una de estas ciencias es la Paleontología, que comienza en realidad á principios del siglo pasado, cuando se para la atención en lo que William Smith había observado y predicaba: que los fósiles se hallan distribuidos en las rocas con tal regularidad, que cada clase ó agrupación de ellos sólo corresponde á determinada capa ó formación geológica. Esto lo corroboró Cuvier en 1816 más en grande, puesto que los fósiles de que hablaba el ilustre naturalista eran gigantescos, como el mammoth. Después se sucedieron otros descubrimientos de fósiles ya en cuevas antiguísimas, ya en capas profundas de terreno, y algunos de ellos eran de animales extrañísimos muy desemejantes de todos los que viven en la época actual.

¿Y cómo habían desaparecido aquellos animales? Porque, si habían desaparecido repentinamente, era de suponer que también repentinamente habían venido otras especies á reemplazar á aquellas; lo cual obligaría á volver atrás en el camino que ya llevaban entonces las ideas cosmogónicas. Pero Lyell, con sus teorías geológicas, dió explicación satisfactoria en el sentido de que ni unas especies desaparecían ni otras aparecían de repente.

Luego, á mediados de siglo, el descubrimiento del célebre cráneo de Neanderthal, humano, mas de un hombre muy inferior al más inferior de los que hoy viven; y, posteriormente, el de otros iguales ó casi iguales en Spy, hicieron retroceder enormemente la fecha que los cálculos más amplios habían asignado hasta entonces á la aparición del hombre en el planeta. Y por fin, los copiosos y variados hallazgos, en América, de fósiles cuyas singularísimas formas llegan á parecer absurdas, sólo tienen explicación en la doctrina de la variabilidad de las especies.

Pues bien; en ninguna de estas herejías ha tenido la menor participación la monarquía española. Sin esta, la Paleontología sería hoy lo que es; si las otras monarquías hubiesen tenido igual moderación en el «deseo de saber», la Paleontología de hoy